

DYLAN MARTINS

Jenny Del



DE BOCA A BOCA

Y TIRO PORQUE ME TOCA



DYLAN MARTINS

Jenny Del



DE BOCA A BOCA

Y TIRO PORQUE ME TOCA

Autores: Jenny Del y Dylan Martins.
De boca a boca y tiro porque me toca.
Primera edición: Julio, 2020.

Imágenes: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

CAPÍTULO 1: CASILLA DE SALIDA.
CAPÍTULO 2: DADO 5, A JUGAR CON MUCHO AHÍNCO.
CAPÍTULO 3: LA OCA NO SE TOCA.
CAPÍTULO 4: LOS DADOS DEL AZAR.
CAPÍTULO 5: SUBE AL PUENTE Y DEJA QUE TE LLEVE LA CORRIENTE.
CAPÍTULO 6: NO TE CAIGAS EN EL POZO.
CAPÍTULO 7: NO ENTRES EN EL LABERINTO.
CAPÍTULO 8: PATO AL AGUA.
CAPÍTULO 9: EVITA CAER EN LA CÁRCEL.
CAPÍTULO 10: CON C DE CALAVERA.
CAPÍTULO 11: EL JARDÍN DE LA OCA
CAPÍTULO 12: ¿DÓNDE ESTÁ LA OCA?
EPÍLOGO: TU BOCA A MI BOCA, Y ME CASO PORQUE YA ME TOCA.





CAPÍTULO 1: CASILLA DE SALIDA.

Hoy es el día más feliz de la vida de mi hermana. Mentiría si dijera que es el mío, porque somos como el agua y el aceite. Nos repelemos más que dos pilas alcalinas, ni el conejo de Duracell puede unirlos, unirnos.

Me pongo ese vestido verde de dama de honor con más pliegues que un post operatorio de reducción de estómago, y me miro al espejo. Esta barriga no es mía, viene con el vestido confeccionado por el mismo demonio.

Sí, el maldito anuncio se me ha pegado, el de que no te tiras pedos ni para atrás, bueno, es que para delante como que es más complicado. Abro el primer cajón de mi mesita de noche y me pongo una de esas fajas de abuela octogenaria.

Ya que voy a ir como un cuadro, de esos feos de Picasso que no entiendes porque dos pelotillas y un manchurrón en medio vale millones de euros, al menos que vaya plana, como las tablas de planchar.

Por el vientre, porque el culamen no me lo ha reducido. Ahora mismo soy un híbrido entre el culo de Jennifer López y el de Kim Kardashian, aunque el mío está más flácido y “caidongo”.

Por no hablar de los dos melones que mi madre me ha dado. Para eso no hay faja que valga. Todavía recuerdo a esa mujer que entró en el libro de récords Guinness por partir Sandías con sus “melones”, eso es porque no conocían los míos, romperían piedras si los dejara caer.

Me pongo las manolinas y la pabela, que más que una pabela es una sombrilla para la playa, porque, dios santo, voy a acabar la boca con unas cervicales de órdago. Espero que mi hermana me dé uno de esos sobres para un buen fisio.

Vuelvo a mirarme nuevamente en el espejo, ahora con el atuendo al completo, y ese vestido de color moco se me queda mirando a mí y me saluda mientras se ríe en mi cara diciéndome sin hablar que voy a ser el hazmerreír de la boda.

Salgo de mi habitación y voy directa a la de mi hermana por si necesita ayuda. Tengo allí a media familia, que están todas apretujadas para ayudarla en lo que necesita. Su cara está llena de churretones porque se ha pasado ¿la mañana llorando?

—Sandra, ¿qué ocurre?

—Penélope, no te puedes imaginar lo que ha pasado —espero a que me diga qué es lo que ha pasado, pero es que le gusta que le lamas el trasero y le supliques para que te cuente.

—¿Y bien?

—Mi ramo. Lo había pedido de lirios y me lo han traído de petunias, y ya sabes que soy alérgica a las petunias. ¿Cómo voy a casarme así?

—Pues entre estornudos y mocos, tampoco es tan mal plan.

—No seas zorra. Anda, llévate esa aberración de la naturaleza, y tráeme corriendo un ramo de lirios. No me casaré hasta que no tenga mi ramo de lirios.

Cojo el ramo poniendo los ojos en blanco y lo llevo a mi habitación antes de coger un taxi rumbo a la floristería. En otras circunstancias lo iba a ir a buscar su prima en patinete, pero el

novio es mi mejor amigo, y no quiero fastidiarle la boda.

Me siento en la parte trasera y le indico al taxista la dirección de la primera floristería que me aparece en Google. No tardamos mucho en llegar, y la verdad es que me da vergüenza salir del taxi de esta guisa.

La verdad es que había olvidado que iba vestida de la novia de Flubber y no mola nada, se va a reír de mí hasta el tonto del pueblo. Pero, al final, me armo de valor y salgo, corriendo hasta la floristería, para evitar que muchos ojos me vean.

Hace un calor insoportable. Si el menú de la boda no me gusta, siempre puedo hacerme un huevo frito en el suelo, no necesito ni una sartén, con este sol del infierno, temo hasta que se evapore antes de comérmelo y todo.

Entro en la floristería y me voy directa al dueño, que es el que está en el mostrador y tiene entre ochenta años y la muerte, no sé ni cómo se mantiene en pie, pobrecito mío. Le sonrío antes de hablar para que sepa que vengo en son de paz.

—Buenos días —lo saludo.

—Buenos días, ¿qué desea?

—Necesito un ramo de novia de lirios. Dígame que tiene lirios y puede hacérmelo.

—No tengo lirios, lo siento.

—Mierda. Gracias, de todos modos —le digo ya corriendo a la salida.

Cojo el mismo taxi, que me ha esperado, tal y como le he indicado. A este paso voy a necesitar un segundo sobre de la boda para poder pagar la carrera. Que yo no soy aquí el banco España.

Busco en Google la siguiente floristería y corremos como si lleváramos un torpedo en el tubo de escape hacia la otra floristería. Solo hay tres más, así que como ninguna tenga lirios estoy jodida.

Entro en la siguiente y sigo el mismo modus operandi, pero nada. Aquí los lirios son más difíciles de encontrar que la gallina de los huevos de oro o que un billete de lotería premiado, de esos que nos viene bien a todos.

La tercera está cerrada, luego dicen que hay crisis... Parece ser que el dueño o la dueña está de vacaciones y dice que en un par de semanas volverá, si dios quiere, literal. Si yo fuera dios, ya lo dejaría de vacaciones de por vida, ¿o no sería el sueño de cualquier español?

Solo me queda una última oportunidad. Cruzo los dedos porque necesito urgentemente las malditas flores que a mi hermana se le han antojado. No le valía un ramo de rosas, no, tenía que ser de lirios.

Casi me estampo la puerta en la cara cuando alguien sale mientras yo estoy abriendo la puerta, parecemos los típicos dibujos animados en el que se dan el guantazo padre, pero este es el mundo real.

Entro en la floristería cuando ese hombre, que parece haber salido de una telenovela, sale por la puerta y me voy directa al mostrador, no tengo un minuto que perder si pretendo llegar a tiempo con el ramo a la boda.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, linda.

—Necesito que me ayude, es muy urgente. Mi hermana está a punto de casarse y necesito que me haga un ramo con lirios.

—¿Lirios?

—Sí, lirios —tiene que subirse el sonotone.

—Pues lo siento mucho preciosa, el hombre con el que acabas de cruzarte se ha llevado un

ramo con los últimos lirios que me quedaban.

—Joder... Gracias, adiós —le digo mientras salgo corriendo en busca del tío de telenovela que se ha llevado mis flores.

Salgo de la tienda y lo busco como si fuera uno de esos radares de la nasa. Localizado. Me encamino a su posición y lo miro con cara de cordero degollado, esa cara que enamora hasta a un ciego.

—¿Qué te pasa? ¿Tengo monos en la cara?

—Monos no, pero tienes algo que yo necesito.

—¿Ah sí? ¿Y qué es lo que necesitas?

—Tus flores.

—Vaya, mira que me habían dicho cosas, pero nunca que necesitaran mis flores. Pues lo siento, las necesito para una cita y llego tarde.

—Y yo las necesito para la boda de mi hermana. Por favor. Te pagaré.

—No necesito dinero, me sale por las orejas.

—¿Entonces qué quieres a cambio de las flores?

—¿Qué te parece ser tu acompañante en la boda de tu hermana?

—¿Tú? Pero si no te conozco.

—Por eso, así nos conocemos mejor.

—¿Y qué sacas tú de todo esto?

—Digamos que me viene bien para mis negocios.

—Y ¿qué te hace pensar que no tengo ya acompañante?

—Con ese vestido a lo oliva rellena, lo dudo bastante —lo miro alzando la ceja. Van a aterrizar hostias, y a este tío se le está poniendo una cara de aeropuerto...

—Está bien, —digo a regañadientes —pero como la cagues no va a haber un sitio en el planeta Tierra donde te puedas esconder de mí.

—No hay problema, me puedo ir a marte.

—Déjate de tonterías, vayamos a mi taxi, que ya vamos tarde.

—Como quiera Miss pepinillo en lata.

—Gilipollas. Al menos llevas traje.

—Pos supuesto, no salgo de casa sin uno.

—¿Cómo te llamas? A mí me da igual, pero es por si tengo que presentar a mi acompañante — esas dos últimas palabras se me atragantan.

—Izan. ¿Y tú?

—Penélope.

—Seguro que en el colegio se cebaron contigo por ese nombre, ¿verdad?

—Eso no es asunto tuyo —le voy a tomar el ramo de entre sus manos, pero lo aparta rápidamente para que no se lo pueda quitar.

—No, no, pequeña. Así no funcionan las cosas.

—¿A quién llamas tú pequeña, chaval?

—Aquí mando yo. Si quieres tu ramo, llévame a la boda de tu querida hermana, sino este pequeñín se viene a la cita que tenía programada conmigo.

—Está bien, pero es solo por el ramo, no te emociones.

Caminamos hacia el taxi, el que me ha hecho la visita turística del día y nos dirigimos de nuevo a mi piso y al de mi hermana a entregarle el ramo, pero cuando estamos llegando, saco el

móvil para revisar llamadas y mensajes y veo uno de mi hermana.

Parece ser que ya se han ido para el lugar de la ceremonia y me amenaza con que si no llego a tiempo me cortará literalmente la cabeza y me la meterá por la retaguardia. La verdad es que tiene un piquito...de oro.

Eso que dicen de perro mordedor, poco ladrador, le viene al pelo, porque es de las que se enfada y parece que todo el mundo esté en su contra, pero es que se monta unas fantasías a lo Stephen King.

Hago que el taxista dé media vuelta para dirigirnos al lugar de la ceremonia. Estamos dando más vueltas que una peonza y el tiempo vuela, al igual del taxímetro, que ya supera los cincuenta euros.

Cuando llegamos a la zona del festejo bajamos del taxi y le pago la carrera antes de colocarme un poco mejor el vestido para que no parezca un espantapájaros, aunque ya se sabe lo que dicen: aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—No te preocupes, te va a mirar todo el mundo, estés o no arreglada.

—¿Y eso a qué viene, Izan? —pregunto.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tus labios.

—No te desvíes del tema.

—Lo digo porque todos los ojos se van a centrar en ti con ese vestido a lo albóndiga mohosa.

—Gilipoyas...

—Esa lengua, gusanito verde.

Me aguanto para no pegarle un bofetón mientras, ahora sí, le arrebató el ramo de entre las manos y me voy corriendo a llevárselo a mi hermana, que estoy segura de que está en la sala lateral derecha, es en la que ayer llevamos los últimos detalles antes de celebrar la boda en la playa.

Entro corriendo y la veo allí, con cara de haberse comido un gajo de limón en mal estado. Le entrego el ramo victoriosa, con una sonrisa en los labios. Parece que estoy yo más contenta que ella de tenerlo aquí.

—A menudas horas, ya pensaba que no ibas a volver con el ramo —me dice Sandra. Encima.

—Me he tenido que recorrer todo el pueblo hasta encontrar los putos lirios, así que no me vengas con esas, sino haber ido tú a buscarlos en patinete.

No digo más, le dejo el ramo en la mesa y salgo de la habitación a la zona de la playa donde se va a celebrar la ceremonia. La verdad es que es precioso. Con el desembolso que mis padres han hecho, tendría que ser equiparable a la boda de los reyes, como mínimo.

Veó a Izan hablando con algunas de mis primas, pero la verdad es que no tengo tiempo para él o para sus tonterías. Me voy directa hacia mis padres y mi mejor amigo, futuro marido de Sandra, mi desagradecido hermana.

—¿Cómo está el novio más guapo de España? ¿Nervioso?

—Pues bastante, cuñada, no te voy a engañar —me contesta Lucas.

—No te preocupes, saldrá todo a pedir de boca.

—Eso espero, porque con lo que ha costado...—suelta papá a mi espalda.

—Hola, papá —lo saludo y él me besa el rostro.

—Hola mi niña, estás muy guapa, aunque con esa pamele casi me saltas un ojo.

—Es lo que tiene tenerse que vestir como te mandan, tú no tienes ese problema —le guiño el ojo y él se compadece de mí.

—¿Ya has encontrado trabajo, cariño? —me pregunta.

—Todavía no, pero el lunes tengo una entrevista de trabajo.

—Siempre te puedes hacer cantante, como tu madre.

—Antes muerta y lo sabes.

—Pues ha conseguido un micrófono, no sé de dónde y piensa cantar en la boda.

—¿Sandra lo sabe?

—Por supuesto que no.

—Mierda. Habrá que quitarle ese micro. Te encargas tú, ¿verdad cariño?

—Qué remedio. Hoy parezco la salvadora de la humanidad y ni siquiera me dan las gracias.

—Las gracias no, pero mira lo que le he traído a mi ojito derecho —saca de uno de sus bolsillos una caja y al abrirla veo un colgante con un pequeño atrapasueños. —Te dará suerte.

—Gracias, papá, me encanta —lo abrazo fuerte y beso su mejilla, volviendo a golpearlo con la pamelita. Ambos nos reímos.

Vuelvo de nuevo donde está Lucas. La verdad es que cuando papá llamó mi atención se retiró. Le sudan las manos y la frente, lo veo. Está como un flan, con los nervios a flor de piel. Puñeteras flores...hasta en las frases hechas está. Las odio.

—He puesto la oreja Peni, no quiero que tu madre canta en la boda. Parece que estén torturando grillos cuando abre la boca.

—Lo sé. Tranquilo, ya he quedado con papá de que lo arreglaré. Saldrá bien, tú no te preocupes por nada.

—Está bien.

Camino corriendo por la arena de la playa con mis manolitas que tienen más arena que uno de esos cubos playeros de niños que crean castillos de arena en la orilla del mar.

Tropiezo con ¿nada? Y caigo de bruces en el suelo. Tengo la boca y la papada llena de arena, y la verdad es que es más asqueroso de lo que pensaba. Alguien toma y cintura y me levanta del suelo.

Cuando ya estoy estabilizada y con los pies en la tierra, bueno, mejor dicho, en la arena, me giro para saber quién a sacado a esta hoja de parra con pamelita de la arena antes de ser engullida por esta y me encuentra a nada más y nada menos que a Izan.

—Gracias por la ayuda.

—No hay de qué. Cuando acabes con el bufé de arena, acompáñame, tus primas quieren hablar contigo y que les presentes como dios manda a tu acompañante.

—Ahora no puedo, estoy en medio de una misión.

—¿Qué misión?

—Debo robarle el micrófono a mi madre para que no destroce la boda de mi hermana con su grito estrangulador al que llama falsete.

—¿Necesitas ayuda?

—Creo que todavía puedo con mi madre.

—Está bien, pero antes ven a saludar a tus primas, o me la cortan.

—¿Qué libertades tienes conmigo y con mi familia? No te pases que ya sabes por qué estás aquí.

—No te preocupes, que sé muy bien cuál es mi lugar, tranquila.

—Bien.

Me encamino donde se encuentran mis primas. Habrá que saludarlas. Nos damos dos besos, esta vez me quito la pamelita para no dejar tuerto a nadie, y acabo poniendo una de esas sonrisas

falsas que parece que te has grapado la cara o te has puesto bótox.

—Hola, chicas.

—Hola, Pene, ¿cómo estás?

—Ya sabéis que no me gusta que me llamen así, o acaso la neurona que os queda a lo modelo rubia no os da para más.

—Era una broma.

—Bueno, que no se vuelva a repetir. Y estoy muy bien, por cierto.

—¿Y cómo va el trabajo? Nosotras tenemos contrato en la agencia de modelos hasta dos mil veinticinco.

—Me alegro por vosotras, y recordad. No comáis nada del cáterin u os saldrá un micro michelín.

—Tranquila, llevamos en el bolso nuestros zumos de proteínas.

—Disfrutad de él mientras yo me como un bogavante, mmmmmmh.

—Descuida, nosotras disfrutaremos de tu novio —me enseñan unas tarjetitas con las que se abanicen. ¿Mi novio?

Cojo a Izan de la corbata y tiro de él hasta llevármelo a una zona donde estemos solos. No parece entender mi cara de asesina recién salida de algún videojuego a lo Assassin's Creed.

—¿Qué hay en esas tarjetas, Izan?

—Ya te dije que iba a venir a la boda para promocionar mi trabajo y eso hago.

—¿De qué trabajas?

—Soy masajista.

—¿Y por qué las chicas estaban tan interesadas en ti si solo era por un masaje?

—No doy solo masajes. Ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

—¿Sabes lo que es un final feliz? —mi boca forma una o al momento antes de desencajar la mandíbula.

—¿Qué? Ni se te ocurra darle finales felices a mi familia.

—Pues lo siento, pero ya me han encargado más de doce masajes. Mientras tú me robabas el ramo y te ibas, yo he convencido a muchas de tus tías, primas y de más familiares femeninos.

—Eres como un gigoló masajista.

—Algo así y ya que me has estropeado la cita que tenía y me has robado el ramo, me lo debes. Ahora vayamos a por ese micro y si tienes suerte, me esfumaré de la boda de tu hermana.

—A ver si es verdad.

Escaneamos la zona en busca de mi madre, pero parece que ha evaporado. Si hasta hemos mirado al mar por si, con el calor asfixiante de verano que hace, se había dado un bañito mientras esperaba.

La localizo saliendo del edificio mientras la novia espera y cuando voy a encaminarme hacia ella, empieza a sonar la música, con violines en vivo. Me detengo en seco y corro hacia el altar. La novia está saliendo.

No calculo bien y me golpeo el dedo gordo con la manera del altar. Ahogo una maldición que haría temblar al mismísimo Lucifer y limpiando una lágrima que se me ha escapado por el dolor, me coloco estoica en mi posición.

—Oh, Peni, ¿te has emocionado? Yo también lo estoy —dice Lucas. Yo solo asiento. Si supiera que la lágrima es de dolor y no de felicidad...

Cuando Sandra llega a la altura de su futuro esposo, me mira con cara de pocos amigos y me

entrega el ramo para que lo sostenga para luego mostrarle a Lucas una sonrisa de felicidad, falsa, por supuesto, si la conoceré yo...

La boda se desarrolla entre risas, lágrimas y algún que otro suspiro. Busco entre el gentío a Izan, más que nada para controlar que no sigue liándola y entregando tarjetitas. No lo veo por ningún lado, así que me imagino que ha cumplido su promesa y se ha evaporado.

A la hora de que los novios se pongan los anillos, busco a mi sobrino, de un añito, fruto de la pareja en uno de esos goles no esperados que te regala un huevo kínder con sorpresa dentro.

Lo tomo en brazos cuando voy en su busca y lo acerco hasta el altar, pero entonces, y como si tuviera una rapidez fuera de lo normal, se lleva uno de los anillos de los novios a la boca y, aunque intentamos encontrarlo, es inútil, se lo ha tragado.

—Tranquilos, en un rato tendréis de nuevo el anillo, aunque estará cubierto de chocolate — digo, y es que cuando me pongo nerviosa, digo cosas fuera de lugar, qué le vamos a hacer.

—Mierda, Pene —me suelta Sandra mirándome con cara de mierda, esa que tiene que cagar su hijo para recuperar el anillo. —Te estás luciendo. Me estás arruinando la boda.

Alzo la ceja, pero no digo nada. No quiero arruinársela de verdad, por Lucas, sobre todo, pero ella sabe que no he hecho nada, solo estar ahí y ayudarla, pero no voy a montar el numerito en la boda de esta desagradecida.

Tras la puesta de anillos fallida, bueno, de anillo, en singular, se dan el sí quiero, que sellan con un beso ante los vítores y el arroz que ale al vuelvo para aterrizar en la pelambreira de los recién casados.

Los invitados nos retiramos a la zona de lo que se conoce como el pica-pica mientras que los novios se van a hacer fotos. Me encamino a la zona donde está mi madre y disimuladamente tomo su bolso, que ha dejado encima de la mesa donde se sienta.

No hay micrófonos a la vista, y tampoco lo lleva encima, a menos que se lo haya metido en algún agujero para que se vaya afinando solo, pero yo creo que va a ser que no, de momento anda demasiado bien.

Y entonces se me ocurre. Debe de haber dejado el micrófono en la habitación donde Sandra se estaba haciendo los últimos retoques, donde se ha quejado cuando le he llevado el ramo de los putos lirios.

Camino disimuladamente hasta la zona y allí está, bajo un montón de telas que a saber de dónde han salido. Me quito la pabela y me coloco bien el pelo, la verdad es que ya no la aguanto más, se siente.

Cojo el micrófono para salir de la sala, pero escucho un ruido y miro el micrófono. ¿Dónde me lo voy a meter sin que me lo vean? Es más grande que cualquiera de mis juguetitos y sin un ánimo previo lo veo poco factible y desgarrador, doloroso, vamos.

En el canalillo no es buena opción, el vestido es bastante abierto por esa zona y si eres un poco más alto que yo me ves hasta el ombligo, ni aunque intente taparme con mi melena chocolate conseguiría cubrirlo.

Me levanto la falta y me lo meto en las braguitas en horizontal. Total, solo tendré que disimular unos segundos, luego lo enterraré bajo la arena de playa y aquí no ha pasado nada.

—¿Qué haces aquí, Penélope?

—Joder, qué susto me has metido.

—Vaya, ¿te alegras de verme? —señala mi entrepierna. Qué vista tiene, y eso que con la gasa del vestido y los pliegues se disimula bastante.

—No, idiota, es el micrófono de mi madre.

—¿Lo has convertido en tu consolador favorito?

—No sabía dónde esconderlo.

—¿Qué tal debajo de esas telas?

—Ahí estaba, listillo. Si salgo con unas telas en la mano, pueden sospechar. Tengo que enterrarlo, ¿me ayudas?

—Pero quiero algo a cambio.

—Estoy cansada de tus chantajes.

—Quiero que te pongas en mis manos y darte un masaje.

—Y lo que surja, ¿no?

—Eso lo decides tú, ya lo sabes. También hago masajes convencionales, no solo de los que piensas.

—¿Y por qué yo?

—Porque nunca me he encontrado a un demonio con piel de ángel que pueda ser un reto para mí. Nunca pierdo un reto.

—Me lo pensaré, ahora vigila que no haya nadie en la puerta que pueda verme y así salgo a enterrar esta mierda.

—Pero sácatelo de ahí o van a pensar que lo de Pene no era solo un apodo, preciosa.

—Que te den.

Salgo de la caseta cuando Izan me confirma que no hay nadie que pueda verme y corro como un rayo, a riesgo de volver a comerme la arena, para hacer un agujero con mis manos y uñas y enterrar allí el micrófono. Misión cumplida.

Cuando ya está todo arreglado, vuelvo donde se encuentra Izan y lo miro cómplice. Asiento para que entienda que el trabajo ha finalizado y volvemos a la boda como si no hubiese pasado nada.

Nos sentamos en la mesa de la familia. Mi hermana, obviamente, no sabía que iba a venir Izan, no lo sabía ni yo. Así que tienen que poner un plato más y cómo no, a mi lado. Lo que me faltaba, aguantarlo comiendo.

Podrían haberlo puesto en la mesa de los niños. Estoy segura de que se sentiría más cómodo con gente de su edad intelectual. En fin, no siempre llueve al gusto de todos, qué le vamos a hacer.

Nos sirven el primer plato cuando los novios llegan de su sesión de fotos. Estoy sentada al lado de mamá, que está nerviosa, me imagino que porque no encuentra a su niño. Q quizá es porque estamos en la boda de su ojito derecho.

Vamos probando los platos y de vez en cuando se brinda o se grita eso de “vivan los novios, ¡vivan!”. Cuando los ánimos van subiendo, como el alcohol en los cuerpos, ya pasamos al ambiente que yo llamo de puticlub.

Explicaré de qué se trata. Es cuando los asistentes, embriagados por la felicidad y el alcohol, toman una prenda, en este caso las pobres servilletas, que no tienen culpa de nada, y las hacen girar en círculos sobre sus cabezas mientras gritan como simios.

Si es que no se les puede dejar solos. Yo voy a lo mío, y miro disimuladamente a Izan, que me mira sonriendo. Parece cómodo en un sitio en el que hace menos de dos horas no estaba invitado y que no pinta nada aquí porque no es de la familia.

—¿Lo estás pasando bien, Penélope?

—La verdad es que no está nada mal, aunque creo que el que mejor se lo está pasando eres tú.

—Es que no todos los días comer uno bogavante, qué le vamos a hacer.

—Pues disfruta, porque no te vas a ver en otra como esta.

—¿No vas a volver a invitarme a otro evento de familia, cariño?

—No me llames cariño.

—Todos creen que somos pareja, así que compórtate como tal, no querrás decepcionar a la familia ni montar un espectáculo, ¿verdad, cariño?

—Ni se te ocurra volver a llamarme cariño o te la corto. Y no, ni voy a volver a invitarte a ningún evento familiar ni voy a volver a verte en la vida. La verdad es que ya me estoy arrepintiendo me haberte cogido el ramo.

—Mientras sea el ramo solo lo que me cojas.

—Claro, no alucines barato.

Estamos tomando el postre, un sorbete de limón antes de que los novios corten el pastel, que es un símbolo que no puede faltar en una boda. Tomo un poco y cuando voy a llevármelo a la boca, alguien llamada Sandra, golpea mi silla por detrás al pasar.

La bola de helado que descansaba en la cuchara cae directa a mi canalillo. Izan es espectador de todo lo que ocurre y empieza a reír como un loco, algo que provoca que todos centren su atención en nosotros.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi madre.

—Nada mamá, solo que se me han congelado las tetas.

—¿Tienes frío, Penélope?

—No, se me ha caído el sorbete en el canalillo.

—Pues sácatelo, pequeña.

—Ahora que todos me está mirando es un poco complicado.

—¿Y si vas al baño?

—A eso iba.

Me levanto y me voy directa al baño mientras veo como Izan se traslada a mi silla y empieza a hablar con mi madre. Maldito... ¿Qué estará tramando? Cuando me limpio el helado, vuelvo a la mesa.

Llevo un manchurrón en ese moco que llevo por vestido, pero como ya era horrible de por sí, creo que este círculo de humedad hasta le favorece, le da personalidad. Si es que yo me tendría que haber dedicado a la moda.

Vuelvo a mi asiento e Izan se traslada al suyo y me pregunta si estoy bien. Yo solo asiento. La gente ha dejado de mirarme, he dejado de ser el centro de atención y la verdad es que lo agradezco.

—Cariño, me encanta tu novio, es encantador. Lo he invitado el domingo que viene a la barbacoa de la familia —me dice mi madre.

—¿Qué?

—No nos habías dicho que tu corazón estaba ocupado por un chico tan majo. La verdad es que estoy orgulloso de ti, ratoncito —me suelta mi padre.

—Él no es nada —trato de defenderme.

—No seas así. Izan, ella es un poco arisca, ya te darás cuenta. Es porque lleva una coraza desde que le rompieron el corazón, pero estoy seguro de que tú vas a hacer pedazos esa coraza y volverás a hacer que sonría de nuevo.

—Cállate, mamá, por favor.

—¿Por qué? Solo estoy diciendo la verdad, hija mía.

Decido no continuar con esta conversación. Quizá debería haberme quedado en el baño indefinidamente. Me hubiese ido mejor y hubiese evitado esta conversación tan incómoda.

Los novios cortan la tarta, la comemos y de más. Todo vuelve a ir bien. Incluso me estoy divirtiendo. El Dj está poniendo canciones de calidad y el cuerpo se me mueve solo. Izan se da cuenta y me invita a bailar.

—Lo siento, no sé bailar.

—Pues no lo parece. Te mueves como una culebra en la silla.

—Bien, rectifico, no sé bailar como una persona, solo como una culebra.

—Eres imposible.

—¿Ahora te enteras?

No m contesta. La verdad es que puedo ser muy desesperante, soy consciente de ello. Me como el último pedazo de pastel y veo que los novios están repartiendo los detalles ahora que ya han abierto el baile.

Nos regalan un abanico a las chicas, que ya nos viene bien con la calor veraniega que hace. Es que, ¿a quién se le ocurre casarse a finales de Julio? Solo se le ocurriría a un tarado, o a mi hermana, que es de la misma especie.

A los chicos, puros, como viene siendo ya traducción en todas las bodas de mi familia. Además, un sobre donde se recoge la foto que los invitados se han hecho con los novios. ¿Cómo han podido tenerlas tan rápido?

Yo no tengo fotos, estaba liada y no me la hice, me imagino, es por eso por lo que mi hermana me coge del brazo y me lleva a hacerme la foto con ellos. La sorpresa me la llevo cuando veo que no soy a la única a la que ha invitado para esta foto.

Izan se coloca en el lado de la novia y yo en el del novio, y me quedo un poco petrificada. ¿Qué demonios hace este en la foto de la boda de mi hermana? Una cosa es que te hiciera un favor a cambio del ramo y otra cosa es que quiera formar parte de mi vida.

Pongo la típica sonrisa falsa y nos hacemos la foto antes de que vuelva a sentarme en mi mesa y me tome de un trago toda la copa de cava. Ojalá hubiera algo más fuerte, porque voy a necesitar al menos dos botellas de cava para que la chispa me suba.

Izan se sienta a mi lado después de charlar con más asistentes de la boda y darles su tarjeta. Ya hasta me da igual. Pero ¿qué tiene ser hombre? ¿Una empresa de tarjetas en el bolsillo del pantalón?

—¿Cuánto tiempo más durará la boda?

—Pagándola mis padres y siendo de mi hermana, puede que hasta media noche.

—¿Un día entero?

—Supongo —me encojo de hombros.

—Creo que empieza el show —Izan me señala a una chica que se cuelga de una cinta de seda y empieza a hacer piruetas y movimientos en el aire como si fuera una trapecista de circo.

Pasamos así una media hora hasta que los novios deciden que es el momento de tirar el ramo de la novia, ese por el que Izan está aquí. Maldito ramo, cuántos quebraderos de cabeza me ha dado.

Todas las mujeres se colocan en la posición que ha marcado Sandra y se da la vuelta para tirar el ramo de espaldas. Mi intención no es coger nada y sobre todo, cuando veo a Izan analizar a todas las féminas juntas y sopesar quiénes faltan por obtener su tarjeta, me cabrea aún más.

Alzo los brazos como el resto de las chicas y cuando veo el ramo dando vueltas por el aire, solo me imagino la cabeza de Izan haciéndolo. No en vano, ha sido su cabeza la que ha ideado

todo esto. Si no fuera por sus chantajes nada de esto hubiera pasado.

El ramo cae en mis manos sin que ni siquiera lo busque. Ahora ya no veo la cabeza de Izan en mi poder, sino solo un ramo de lirios que me está haciendo odiar a los lirios más de lo que me gustaría.

—Vaya, al final te has quedado lo que fuiste a buscar.

—¿Te refieres al ramo o a Izan? —le digo para hacer el chiste malo.

—A ambos —responde Sandra.

No contesto, simplemente vuelvo a la mesa con el ramo y allí lo dejo antes de tomar otra copa. Mi madre me sonrío y me da algún que otro codazo cómplice. La verdad es que el alcohol ya empieza a hacer mella en ella.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, cariño, A la que le cae el ramo, es la próxima en casarse. No puedes evitarlo, es el destino.

—No pienso casarme, mamá.

—Bueno, ya veremos.

Coloco los ojos en blanco y salgo a bailar para no escucharla más. Me muevo como puedo, incluso muevo mis caderas a lo Shakira. Y entonces siento unas manos que atrapan mis caderas.

—¿No decías que no sabías bailar?

—Es porque no quería bailar conmigo.

—Pues mala suerte, te ha tocado.

Bailo con Izan, solo para guardar las apariencias. Nos movemos como si nuestros cuerpos se conocieran de toda la vida y se sincronizaran de una manera pasmosa, de esas que me da miedo.

Cuando la canción acaba, mis ojos se quedan atrapados con los de Izan por un segundo, lo justo para que su mano viaje hasta mi mejilla y retire un mechón de pelo que se ha escapado para que pueda verme mejor.

—Ha sido precioso, mi pequeña, desde luego estáis hechos el uno para el otro, no me cabe la menor duda, ¿verdad Carlos? —dice mi madre.

—Desde luego, son la pareja perfecta. ¿Para cuando la boda? —pregunta mi padre.

Yo no sé qué decir, solo miro a Izan antes de separarme de él, a ver si se van a pensar cosas que no son y ya me veo a mis padres, que se ilusionan hasta por comerse un mejillón, organizándonos la boda en un par de días, y más cuando me ha caído el ramo.

La verdad es que tengo ganas de marcharme a casa. Ha sido un día de lo más intenso, pero soy la hermana de la novia, no puedo desaparecer como si tan cosa, se darán cuenta de mi ausencia.

—Penélope, ¿has visto mi micrófono? No lo encuentro.

—No tengo ni idea, mamá —miento a Alicia, mi madre, como una bellaca.

—Seguiré buscando.

—Eso, tú sigue buscando. Eso es el destino, que te dice que no tienes que cantar en la boda de tu hija.

—No creo. Alguien me lo ha robado para que no muestre mi talento.

—Seguro...

—Seguiré buscando.

Sí, sí, tú sigue buscando, que como no llesves un detector de esos para encontrar monedas y de más objetos en la playa lo llevas fino filipino.

Mi hermana pasa entonces con una cesta para que vayamos metiendo los sobres, no es lista ni

nada. Para la saca y sobre todo para el viaje al Caribe que ya tiene organizado. Se irá en dos semanas y para dos semanas.

He pensado seriamente hacer el truco del papel de diario en el sobre, sobre todo ahora que estoy en paro, pero no soy tan rastrera ni tan perra, así que este mes toca pan y agua, porque ahí se van mis cien euros, el presupuesto para la compra.

Lo sé, sé que podría pedirle dinero a mis padres, que tienen bastante, pero soy demasiado orgullosa como para pedir dinero, prefiero pasarme lo que queda de mes viviendo con lo mínimo de lo mínimo.

Mi hermana entiende que el sobre es de ambos, puesto que no le pide nada a Izan. Me imagino que ahora pensará que soy una rata, porque siendo su hermana darle solo cien euros por dos personas es un poco rastrerillo. Es lo que hay.

Los invitados se van marchando en el autobús que mis padres han alquilado, sobre todo porque la mayoría va como una cuba y no queremos tener más multas que papeles iba a meter yo en el sobre.

Es hora de que también lo haga Izan, así que me acerco a él para pedirle que, ya que ha cumplido su cometido con creces, es hora de que abandone el lugar para no volver nunca más.

—La verdad es que me lo estoy pasando muy bien y no me quiero marchar aún.

—Ya está bien Izan, si no te vas voy a tener que llamar a la policía.

—¿Cómo le sentaría a tu hermana que me fuera sin mi novia o que esta llamara a la policía? No querrás estropearle el día más especial de su vida, ¿verdad?

—Eres odioso.

—Me lo dicen a menudo, pero es porque todavía no me conocen.

—Pues yo no quiero seguir conociéndote, así que, por favor.

—¿Y nuestra boda?

—¡Izan!

—Está bien, me marcho. Ha sido un placer.

—¿Ya se va tu chico? —se acerca Sandra al ver que Izan se marcha.

—Sí, lo han llamado del trabajo y no puede decir que no.

—Qué pena. ¡Izan, espera! —le grita y este da media vuelta.

—Dime, ¿qué necesitas, linda novia? —pregunta el intento fallido de galán.

—Me encantaría tener un recuerdo de vuestro amor, no en vano os ha tocado el ramo. ¿Qué tal una foto de ambos con el ramo?

—Claro —dice Izan sin tener en cuenta mi opinión.

Nos colocamos para hacernos la foto, yo sosteniendo el ramo, y cuando nos la van a hacer el fotógrafo para el seco. ¿Y ahora qué demonios pasa?

—Quiero ver amor. Un beso de pareja, de esos que hacen que al ver la foto, te dé un vuelco el corazón.

—Ni de coña, que esto no es una sesión porno de fotos.

—Pene, no me jodas el día más feliz de mi vida y hazte la maldita foto que te pide el fotógrafo —me pide Sandra.

Y aunque me da una rabia que no puedo con ella, me muerdo la lengua, envenenándome, y me acerco a los labios de Izan, mientras sostengo el ramo. Sus manos acunan mi rostro mientras acerca sus labios a los míos.

Y entonces ocurre. Empieza como un casto beso, rozando apenas los labios, pero Izan le pilló el gusto y entreabre los labios para saborearme como parece desear, convirtiendo un inocente

beso en uno húmedo y realmente caliente.

Y digo caliente, porque hasta yo me he excitado y solo con un nimio beso. Eso no me había pasado desde Cole y realmente me asusta que mi cuerpo reaccione así. Maldito seas, Izan.

—Tampoco ha estado tan mal —me dice Izan cuando el fotógrafo da el visto bueno a la foto y podemos separarnos.

—Es solo un beso —no le diré que no ha estado nada, nada mal. No quiero subirle el ego o que sienta que mi cuerpo ha reaccionado lo más mínimo.

—Bueno, ahora debería marcharme, ¿no?

—Sí, gracias por el ramo y por ayúdame con el micrófono.

—¿Solo por eso?

—No te emociones.

—Está bien, no hay de qué. Adiós, Penélope.

—Adiós, Izan.

Empezamos a recoger un par de horas después y nos fuimos recogiendo cuando la gran mayoría de los asistentes ya se habían marchado con el autobús a sus casas. Eran las ocho de la tarde cuando la familia cogió sus respectivos coches para volver a casa. Menudo día habíamos tenido, algunos más que otros, por eso.

Cogí mi mini y me fui directa a casa escuchando a Die Antwoord deseando pillar dos cosas: la ducha para lavarme hasta las entrañas y la cama para descansar después de un día de locos.

Y así acabó el día más feliz de la vida de Sandra y el día más surrealista que he tenido en muchos años. Sin duda, no volvería a ver a Izan nunca más, ¿o sí?





CAPÍTULO 2: DADO 5, A JUGAR CON MUCHO AHÍNCO.

No tenía ni idea que el hecho de perder una cita me iba a generar una experiencia tan singular e iba a conocer a una chica singular, que no me pusiera las cosas fáciles, que no me lo pusiera todo en bandeja.

No estoy acostumbrado a que me dejen con la miel en los labios. Normalmente, las chicas son las que van detrás de mí y del placer que puedo darles. Todas quieren tenerme en exclusividad, pero ninguna me tiene así.

Vuelvo a casa después de la boda de la hermana de Penélope y debo reconocer que llevo la sonrisa grapada al rostro desde que la conocí, no lo voy a negar. Una morena rebelde de armas tomar.

Me meto en la ducha en cuanto llego al ático. Estoy sudando la gota gorda, como un cerdo. Pero cuando salgo parezco otra persona y estoy reconfortado. Me meto en la cama sin vestirme y busco el Facebook de Penélope Reyes.

He averiguado su apellido porque en el enlace de la hermana salía Sandra Reyes hasta en la sopa, no porque sea yo aquí Einstein o un telépata, pero parece que tener buen ojo en este caso me ha venido bien.

La busco y lo que encuentro me hace admirarla más si cabe. Ha pasado la mayor parte del tiempo en países tercermundistas, ayudando a aquel que lo necesitara. Cientos de imágenes de ella como voluntaria y otras tantas con un médico que también está allí.

No es un médico cualquiera, sino alguien especial para ella a juzgar por esas fotos de besos, caricias, abrazos, ojos tiernos y esas ñoñerías que hace la gente cuando está enamorada. A mí como no me ha pasado nunca...

A riesgo de parecer un acosador, le escribo un mensaje privado para que vea que no me olvido de ella y de su falso consolador tan fácilmente.

IZAN:

Espero que tengas buena noche, lirio mío. Recuerda que tenemos que organizar la boda. No te preocupes por nada, le he caído genial a tus padres, así que estoy seguro de que nos la pagarán gustosos. Cuando te apetezca, me escribes y vamos a probar el banquete, tomar algo y lo que surja. Un beso bien húmedo. Izan.

No creo que lo lea hoy, ha sido un día bastante intenso. La que sí que me escribe es la chica con la que había quedado hoy, a la que iba a llevar ese ramo de lirios que Penélope me robó.

LINA:

Eres un cabrón. Te he estado esperando durante horas. No vales tanto la pena, ¿sabes? Olvídate de mí, me buscaré otro masajista que cumpla con los horarios y no me deje plantada. Por cierto, fingí todos los orgasmos y tu pene es la mezcla de un percebe y un cacahuete. Ahí te quedas, pringado.

Bueno, una clienta menos en la agenda. Tendré que tachar sus próximas citas. Tampoco es que me interesara mucho, sobre todo porque siempre tenía que hacerle visitas a domicilio. Pagaba

bien sí, pero no compensa.

Tenía más de sesenta años y a los cinco minutos de masaje ya quería que fuese al lío. Si es que estaba más salida que la manga de un churrero. Su marido, un millonete, había muerto hacía cinco años y le había dejado una fortuna que quitaba el hipo.

Además, quería que cada vez que fuera le llevara detalles, como si acabo yo fuera su amante: flores, chocolate, perfume, *etc.* Todo eso lo pagaba ella, por supuesto, pero lo que quería es que la sorprendiera, aunque fuera con su dinero.

Cierro los ojos y deajo que el sueño me lleve donde quiera y curiosamente, aunque parezca una tontería, me lleva a esa playa y a ese momento en el que mis labios y los de Penélope se rozaron por primera vez. Maldito subconsciente, maldita Penélope, maldito todo.

*

Es viernes. Llevo toda la semana trabajando bastante, más de lo que me gustaría. Más de veinte masajes y cuatro de ellos con final feliz.

No es lo común, no nos engañemos, hay gente que solo viene por el masaje, pero algunas clientas, sobre todo las más maduras y adineradas, siempre buscan un placer más allá del que proporciona un masaje.

Estoy cansado, pero con esta semana, tengo de sobra para pasar el mes. No estoy orgulloso y no es el trabajo de mi vida, pero puedo vivir de manera holgada sin preocuparme de nada y haciendo lo que me da la gana. ¿Quién puede decir esto tal y como está el país?

Mi móvil suena entonces y me imagino que será otra cita, pero la verdad es que me sorprende al escuchar quién se encuentra al otro lado de este.

—Dígame.

—Hola, yerno, soy yo, Alicia, la madre de Penélope.

—Hola, Alicia. ¿Cómo está esa belleza española?

—Menudo zalamero estás hecho. Recuerda que el domingo es la barbacoa, no me falles.

—Es verdad, casi lo olvido, es que no he podido hablar con tu hija. ¿Me das la dirección?

—Claro —me anoto la dirección que me da.

—Perfecto, gracias.

—Ya sabes que se acerca su cumpleaños, apenas quedan dos semanas. Lamentablemente, su hermana no estará ahí para acompañarla, ya que se va de viaje de novios.

—Claro, normal.

—Pero tú tienes que estar. A mi niña le gustan los detalles, no lo ostentoso, ahí ya tienes un detalle para tirar del hilo.

—Oh, muchas gracias por la información.

—Los comienzos son difíciles y más con mi hija. Ella lo ha pasado muy mal en el amor, pero tú puedes ser quien le sanes el corazón.

—A ver qué sale de todo esto.

—Os veréis esta noche en el pub, ¿no? Ese que se llama...ais, cómo se llamaba... ah sí, La birra de Brian.

—Sí, iré para estar con ella.

—Te aviso, mi niña odia la impuntualidad, así que a las doce, ni un minuto más ni un minuto menos.

—Sí, señora.

—Así me gusta. Nos vemos el domingo, cuida de mi hija.

—Así lo haré. Adiós suegra.

—Adiós yerno.

Me da pena seguir con esta milonga, sobre todo porque a la madre y al padre de Penélope se los ve muy buenas personas y que nos riamos de ellos no es lo más adecuado, esto nos va a acabar salpicando, que lo sé yo.

Pues parece que tengo una cita inesperada. Miro la hora y todavía quedan más de cuatro horas para acudir. Será la primera vez que vea a doña lirios sin ese traje tan horrendo con color de calabacín pasado de fecha y ella será la primera vez que me vea sin un traje.

Me pongo un rato a jugar a la PlayStation. Estoy algo nervioso, no lo voy a disimular. Espero que no se piense que soy un acosador, sobre todo porque, aunque no me contestó al mensaje que le mandé, lo leyó, y encontrarme ahora en la discoteca pub...

Puede ser una deliciosa coincidencia y así pienso que parezca. Si me presiona mucho lee contaré que me lo sopló su madre, que tiene mi número porque, como a todas las mujeres de la boda, también le entregué una de mis tarjetas.

The Last of Us 2 es el juego elegido y una coca cola zero bien fresca es la compañera perfecta para una buena tarde. Pido una pizza y así paso gran parte de la noche hasta que la alarma me informa de que queda una hora para la supuesta cita sorpresa.

Me pongo unos vaqueros negros y una camisa estampada con bambas negras Adidas. Apago la consola y tras coger la cartera y las llaves, me bajo al garaje del edificio para coger mi coche y marchar hasta el lugar.

No me pilla cerca, al contrario, tengo como media hora en coche hasta llegar al local, pero no me importa, así me doy un paseo. El viaje se me pasa volando y aparco a un par de calles el local.

Llevo una sorpresa que he pedido a domicilio cuando he pedido las pizzas, espero que Penélope no se enfade por la pequeña broma que he planeado hacerlo. Cojo ese regalo y me encamino a la puerta del local.

Quiero estar dentro cuando ella llegue, así que pago la entrada, porque los hombres pagan, aunque las mujeres no, y entro en el antro para ir directamente a la barra. Hace mucha calor y me muero de sed. Necesito un trago.

Me pido un Vodka Spirytus. Sé que es muy fuerte. Solo saber que es de Polonia ya te hace una idea de cómo puede ser. Fuego es lo mínimo que puede salirte de la boca, a lo dragón.

Me bebo dos vasos, pero sé que no puedo beber más, al menos hasta dentro de un buen rato o terminaré en el suelo acompañado de un coma etílico, que me acompañará como un compañero de viaje.

Parece que mi lirio se está retrasando, y eso que su madre decía que le gustaba mucho la puntualidad. Pues parece que no predica con lo que pide. Qué le vamos a hacer.

Voy al baño a evacuar lo que me he bebido y cuando salgo por la puerta de este, la veo entrando con su ¿cuñado? Sí, ese es el chico con el que se casó su hermana en la boda. ¿Tienen un rollo a escondidas?

Me acerco con cautela, colocando la sorpresa a mi espalda para que no pueda verla. Y es entonces cuando sus ojos se posan en los míos, habiéndome descubierto. Le sonrío, pero su cara no es de sonrisa, sino de sorpresa.

Se acerca a mí y Lucas, el novio de su hermana, la sigue como si se tratara de su perrito faldero, pero cuando lo miro y le hago una señal con la cabeza de que necesito hablar a solas con doña lirios, lo pilla y vuelve a la barra.

Cuando ella llega a mi posición, niega con la cabeza y sé que se está conteniendo para no gritar delante de todo el mundo.

—¿Qué haces aquí, Izan?

—He venido a tomar una copa, ¿y tú?

—Lo mismo. Tina, Lucas y yo hemos venido a evadirnos de todo. Parece que el destino no me deja evadirme de ti.

—¿Cómo que no? Te ha dado cinco días de paz y amor, y el plus pal' salón.

—Eres insufrible.

—Gracias por el cumplido.

—No era un cumplido.

—Me importa bien poco.

—Te he traído un regalo.

—¿Y cómo demonios me has traído un regalo si no sabías que iba a venir? Porque no lo sabías, ¿verdad?

—Bueno, digamos que un pajarito llamado Alicia me pio en la oreja que estarías aquí a media noche y tenía ganas de verte. Por cierto, no respondiste a mi mensaje.

—Eres un jodido acosador.

—Ni mucho menos, es solo que me intrigas y por alguna razón que no logro entender, todavía, siento unas tremendas ganas de conocerte. Es lo que le pasa a cualquier novio que se compromete con una chica, que tiene que conocerla bien, pues se va a atar a ella toda la vida. Solo hago lo que tengo que hacer, sino, ¿qué pensarían tus padres de mí? No quiero ser de esos que no conocen a su pareja.

—Tú estás mal de la cabeza y vives en un mundo paralelo. Que te olvides de mí y de mi familia. No quiero que aparezcas más en mi vida y menos en la de ellos. ¿Te ha quedado clarito?

—¿Quieres bailar conmigo?

—¡Arrggg! No te soporta, me sacas de mis casillas.

—Pues ya sabes, si no te gusta la casilla en la que te encuentras, solo tienes que avanzar. Coge los dados y que el destino reparta suerte. Mientras tanto —saco el ramo de lirios de mi espalda y se lo entrego. —Me alegro de volver a tenerte conmigo. Quien sabe, si juegas bien la partida, hasta puedes ganarte otro de mis besos, como el que te hizo estremecer el otro día.

Y tras decir eso, me doy media vuelta y camino en dirección al Dj para que ponga una de mis canciones preferidas, soborno previo, claro está. No tarda mucho tiempo hasta que empiezan a sonar los primeros acordes. Me siento en uno de los sofás y cierro los ojos para disfrutarla como se merece.

In Your Eyes de Robin Schulz y Alida suena por doquier y yo me dejo envolver por el sonido y la letra, que me llega al corazón y un poco más allá. Cuando la canción termina solo puedo pensar en que al escuchar la canción solo tenía en mente a Penélope, siempre es Penélope.

Y al abrir los ojos, ahí está, frente a mí. Tiene fuego en los ojos, como dice la canción y, sinceramente, no sé qué pensar. ¿Le ha gustado la canción? ¿Está enfadada? ¿Quiere meterme el ramo por el culo? Con ella, todo es posible.

—¿Te apetece bailar conmigo?

—¿Y ese cambio repentino?

—Sandra ya ha llegado y está bailando con Lucas. No saben nada y no quiero fastidiarles la noche. ¿Crees que podrías hacer eso por mí o te supone demasiado esfuerzo?

—Lo haré si a cambio vienes a darte un masaje conmigo.

—No te cansas nunca de pedirlo, ¿verdad?

—No, lo siento.

—Está bien, —resopla —iré.

—Genial. ¿Vamos a dejar a todo el mundo con la boca abierta con el baile que nos vamos a pegar? —solo asiente.

Me levanto y salgo a la pista de baile con ella de la mano. El calor invade no solo la sala, sino también nuestros cuerpos, que cuando se acercan irradian un calor sobrehumano. Me coloco a su espalda y coloco mis manos en su cintura mientras la contonea de un lado a otro, provocándome.

Acaricio su cuello con mis labios para que el vello se le erice y volverla loca. Es algo que les encanta a mis clientas. Y así ocurra, haciendo que sonría ladino, me encanta cuando observo esas sensaciones en las mujeres, mi fetiche.

—Eres de lo más apetecible, Penélope.

—No te pases. Y no te emociones, es solo un baile.

—Es mucho más que un baile y lo sabes.

—Sigue soñando.

Masajeo su pelo mientras nos seguimos moviendo al son de la música. Su trasero pegado a mi entrepierna, haciéndome estremecer sin que ni siquiera se dé cuenta. No me importaría para nada tener que bailar con ella todos los días.

La canción se acaba y con ella se esfuman mis pensamientos, como la bruma cuando desaparece ante mis ojos. Ella se aparta como si es que acaso yo tuviera la peste y se gira para encararme.

—Bueno, ya hemos hecho el paripé, te lo agradezco.

—No hay de qué, ha sido un verdadero placer.

—Siento no poder decir lo mismo.

—¿Estás segura? Yo te he visto muy cómoda.

—Pues deberías ponerte lentillas, porque no ves tres en un burro.

—Ya veremos. Te espero mañana entonces en mi consulta, ¿no? ¿O prefieres el masaje a domicilio?

—Prefiero que sea en tu local, ahora mismo estoy viviendo con mis padres y no creo que sea el lugar más adecuado.

—Pero ¿todavía vives con tus padres? ¿Cuántos años tienes?

—Sí. No es que esté orgullosa, pero a falta de trabajo, buenos son los padres. Y tengo veintiséis años, para tu información.

—Yo treinta y dos, así que te llevo unos cuentos de años.

—No empezemos con el discursito de: soy mayor que tú, con más experiencia, más vivido, más listo, más guapo y con más huevos. Ya me lo conozco.

—No iba a decir nada de eso. Simplemente que mañana unas manos más viejas que las tuyas van a sobarte ese cuerpazo.

—¿Quién ha dicho que sea mañana?

—¿No te viene bien?

—Dame una de tus tarjetas y ya te llamaré yo cuando me venga bien —le coloco una de mis tarjetas en el canalillo y sonrío.

—Date prisa, que tengo ya cita con la mitad de mi familia y soy de lengua fácil.

—Más te vale que la mantengas dentro de la boca o te la arrancaré de un bocado.

—Como me pone que me digas esas cosas, cariño. Eres tan romántica...

—Te odio, Izan.

—Mejor el odio a la indiferencia. Del odio al amor hay solo un paso, ya lo sabes. Vas a acabar loquita por mí, ya lo verás. Y luego serás tú quien me venga rogando a mí.

—Tú sueñas, chaval.

—Lo hago, todas las noches, contigo —y me doy la vuelta, dejándola con la palabra en la boca y salgo del local despidiéndome con la mano del los recién casados.

Me subo en el coche y pongo rumbo a mi piso mientras por el espejo retrovisor puedo ver a una Penélope con cara de cachorrillo abandonado a las puertas de la discoteca donde me mira desafiante.

Está preciosa con ese vestido ceñido donde puedo ver cada una de sus curvas, pero no se lo he dicho, no quiero que se lo crea mucho. Es que después de conocerla con ese vestido verde moco que le quedaba mal hasta a una modelo de Victoria's Secret, cualquier cosa le queda bien.

Y me marcho acelerando bastante porque verla allí plantada en realidad me duele. Me gusta, pero me duele a la vez. Yo ya he avanzado en mi casillero, es su turno, debe tirar los dados del destino y ver cual es el siguiente paso que debe dar en las casillas de la vida.

Cuando llego a casa, tras aparcar el coche, me doy una rápida ducha y alivio mi calentón antes de meterme en la cama. Mañana tengo dos clientas y tengo que estar fresco, tengo que dar la talla en todos los sentimos.

Así que, todavía con la sonrisa en los labios, cierro los ojos para dejar que me lleve Morfeo, que me lleva de la mano al país del sueño.





CAPÍTULO 3: LA OCA NO SE TOCA.

¡Por las bragas de la Virgen María! Cómo se puede ser tan cansino... Está hasta en la sopa. No entiendo por qué me persigue. Ya consiguió lo que quería. Vino a la boca, vale. Vino a la discoteca, vale. Pero es que lo acabo de ver aparcando en la casa de mis padres, en la mismita puerta.

No entiendo nada, pero no voy a montar un numerito y menos en casa de mis padres. No entiendo por qué no se evaporó después de la boda. ¿Y si es de esas personas lapa que se pegan como una lapa y no te lo puedes quitar ni con agua? Es mi sanguijuela particular.

Me subo a la habitación y me pongo unas manoletinas. Iba a colocarme tacones, por eso de que, si se pone muy pesado y se me pega mucho, le doy con este a lo pájaro carpintero, pero es que parezco una oca caminando, como las que tiene mi madre en el jardín trasero y no es necesario hacer más el ridículo.

Bajo a la sala principal y me lo encuentro allí, con una sonrisa de oreja a oreja, como si se la hubiese grapado. La verdad es que si le va mal con los masajes, estoy segura de que lo contratarían como doble del Joker.

—Mira quién está aquí, Penélope, tu chico. Espero que no te importe que lo haya invitado a la barbacoa familiar semanal.

—Hombre, hubiese estado de maravilla que me hubieses comentado, mamá.

—Bueno, estas cosas surgen así, no te pongas ya tonta desde por la mañana.

—Es que Peni se levanta comiendo pepinillos con limón —suelta el gígoló este. ¿Por qué usa tan a la ligera el apodo que usan mis amigos? ¿Quién se cree que es?

—Yo me lo desayuno, si tu te lo metes por el culo.

—Uí, parece que hay problemas en el paraíso —dice mi madre.

—Que ya, suegra, ella es así, ya la conoces.

—Claro que la conozco, desde hace veintiséis años. Parece que conoces bien a mi hija y se te ve unos ojitos de enamorado que no te lo puedes imaginar.

Creo que mi madre se ha tomado unas copas de más esta mañana, más de lo que tiene acostumbrado y no le funciona muy bien la cabeza, o los ojos. Yo lo único que veo es descaró y que tiene una cara más dura que una piedra.

—Hola, cariño —se adelanta Izan y me besa. Un casto beso que hace que lo fulmine con la mirada.

—Hola —le digo con los ojos achinados. —¿Qué sorpresa verte aquí en un día tan familiar? —y recalco la palabra familiar.

—No podía faltar, ahora que formo parte de la familia, mi amor.

Lo mato, aunque vaya después a prisión, juro por lo más sagrado que lo mato y lo descuartizo, para esconder cada pedazo de su cuerpo en algún recoveco de su sala de masajes o lo meto en formol.

Salimos a la zona del jardín. Allí ya están mis tíos, mi padre encendiendo la barbacoa, mi

padrino y hasta mi perro. Todas las semanas hacemos esta barbacoa familiar. Mi madre dice que es para que la familia no se distancie y a mí me parece una muy buena idea.

Aunque, si lo llego a saber me pongo mala hoy. Adoro las barbacoas en familia, pero mucho me temo que la de hoy pinta que va a ser una tortura infernal, y todo gracias al desubicado de Izan.

Voy a tratar de cambiar el chip y disfrutar del día. Ni el masajista con final feliz ni nadie me va a hacer deprimirme, sobre todo porque está mi padrino, que ha podido venir de Estados Unidos y hacía más de seis años que no lo veía. Lo quiero con toda mi alma.

Papá saluda con efusividad a mi falso novio y se lo va presentando a todo el mundo. Yo me hago la loca como puedo y más, para que no me hagan el típico interrogatorio donde aparecen preguntas como: cómo os conocisteis, que edad tiene, cómo es en la cama, tiene dinero, de qué trabaja, *etc.*

Siempre que alguien nuevo llega a la familia, le hacen el tercer grado a él y a la pareja, en este caso, aunque falsa, yo. Así que, cuando Izan es presentado a Charles, mi padrino, este viene con una sonrisa en los labios y me abraza.

—Por fin mi niña encontrar una novia que hace feliz.

—Novio, padrino, novio.

—Sí, novia.

—Déjalo.

—¿Tú feliz?

—Bueno, podría estar mejor - con uno de verdad y no de pega, por ejemplo.

—Él no te da... ¿Cómo se dice? ... ¿Mandanga?

—¡Charles! Eso no se pregunta.

—No pedorosa, Peni.

—Es pudorosa.

—Sí, sí.

—Explica a Charles cómo es novia —desisto con lo de novia. Mira que ha venido veces a España y no hay manera con el idioma.

—¿Prefieres que hablemos en inglés?

—No, yo quiero aprender español. No problema.

—Eso, no problema, di que sí, a lo Terminator.

—Explica.

—Nos conocemos desde hace poco. La verdad es que no tengo grandes esperanzas ni expectativas, ya sabes. No soy una mujer fácil.

—Pero él te gustar, yo veo en tus ojos —modo indio activado y patadas al diccionario on fire.

—Parece que hoy todos sois expertos en ojos.

—Y él gustar tú. También cae baba como bebé.

—Hay que mirarse esa vista, padrino. Me parece que tienes ya las cataratas del Niágara ahí dentro y no ves tres en un burro.

—No decir burro a padrino.

—Es una frase hecha, da igual.

—Bueno, escucha, tu da oportunidad a novia, parece buena chica y quiere hacer feliz tu corazón.

Madre mía, a veces cuando habla es más difícil de descifrar que un jeroglífico de esos de los más complicados, de la antigüedad profunda. Que quieres que desgranar cada palabra en múltiples opciones.

Definitivamente necesito un diccionario Español-Charles, Charles-Español.

—Gracias por el consejo, padrino —lo abrazo y beso su mejilla antes de ir directa en busca de Izan. No quiero dejarlo solo. Es como un perro, impredecible, así que tengo que atarle la correa bien corta.

Lo pillo con mi madre, que le está enseñando la casa y parte del jardín. Le está enseñando su huerto y sus fresas, de lo que más orgullosa está. Coloco los ojos en blanco y me acerco a ellos.

—¿Qué hacéis?

—Hola, cariño. Estoy enseñándole a tu futuro marido mis fresas.

—¿Futuro marido?

—Claro, os cayó el ramo. Es cuestión de tiempo.

—Olvídalo, mamá. El día que las ranas críen pelo a lo tupé de John Travolta, entonces me casaré con él —señalo a Izan.

—Vaya, parece que estáis algo tensos. Qué te parece si le enseñas a Izan el invernadero, donde descansan Chip y Chop.

—Está bien —cualquier cosa con tal de separar a mi madre de Izan o viceversa.

Lo cojo del brazo y lo llevo al invernadero. Estoy segura de que se va a asombrar con lo que vea allí dentro. El muy listo me toma de la mano, dice que es para guardar las apariencias.

Me encantaría darle un guantazo y le cambiaría la apariencia en el momento, pero mi madre me mataría y soy joven para morir. Me revienta que mis padres quieran tanto a Izan, si hasta le tienen más estima que a Lucas, mi cuñado.

En fin, no puedo forzar a que quieran más a una persona que a otra, pero me gustaría que no fuera así. Lucas es un hombre maravilloso, lo conozco más que a mí misma y mi hermana no podría haber escogido mejor.

En algún momento de mi vida pensé que acabaríamos juntos, es más, lo intentamos un poco, pero en cuanto mi hermano apareció en escena, los ojos de Lucas se quedaron prendados de ella y él y yo rompimos.

Cubro con la mano los ojos de Izan y lo hago entrar al invernadero antes de que Chip y Chop aparezcan en escena. La verdad es que me aman y los amo, aunque acabe de pesar una de sus mierdas con unas manolequinas blancas, ahora marroncitas.

Le quito la mano de los ojos a Izan y es entonces cuando ve a las ocas de mamás. Es lo más bonito que hay en el mundo entero. Me siento en el suelo a los animales vienen a darme la bienvenida, acariciando mi espalda y cara con sus hermosas cabecitas.

—Yo también quiero que me hagan eso.

—No es buena idea, Izan.

—Anda ya, son animales adorables. Eso es porque los quieres solo para ti —lo veo sentarse a mi lado.

—¡No! —pero ya es tarde. Chip y Chop se acercan a él raudos y empiezan a picotearlo por todos lados.

Lo veo salir despavorido y no puedo parar de reírme. La verdad es que tenía que haber sacado el móvil para grabarlo todo y luego colgarlo en YouTube. Me habría hecho famosa y ya no estaría en el paro.

Beso las cabezas de mis dos niñas antes de salir del invernadero, que es tan grande como la casa de mis padres. Mi madre los salvó cuando eran dos pequeñines. Su madre iba a matarlos.

Los llevé a protectoras e incluso a la policía, pero como no tenían espacio para ellos, se los dejaron a mi madre, como madre adoptiva, y ella desde entonces se ha encargado de ellas.

Hacen visitas anuales para ver si están bien cuidadas, alimentadas, aseadas y todo lo que acaba en -adas. ¡Pero si viven mejor que yo! Pero qué le vamos a hacer, las ocas y el micro son las pasiones de mi madre.

Cuando me acerco a la posición de Izan, la risa vuelve y más cuando veo su cara de mala leche. Le saco la lengua y hago que le picoteo haciendo la forma de pico con los dedos.

Nos sentamos en la gran mesa. Es redonda, pero enorme, para que todos podamos vernos. Nos gusta siempre poder ver a todo el mundo, porque por la noche, cuando cerramos los ojos, vemos a nuestras familias y las caras de felicidad que han tenido a lo largo del día. Es algo mágico, digno de ser recordado.

Nos sentamos uno al lado del otro. No pienso dejarlo solo, a saber todas esas locuras que pasan por su cabeza. Como dije, hay que atarlo en corto. Tras brindar porque todos estamos sanos y podemos reunirnos en familia, nos ponemos a comer.

Hay carne para un regimiento, pero es que mi familia come como si fueran náufragos que llevaran semanas sin probar bocado. Es como estar en casa, es como volver a mis recuerdos y palpar la felicidad con la punta de los dedos.

Nos lo pasamos de lo lindo. Izan se está comportando muy bien y ha charlado con toda mi familia, haciéndola reír. A todos menos a mi padrino, que no acaba de entender sus bromas y su sarcasmo. Me mira y yo simplemente yo le hago entender con un dedo en la cabeza que está loco.

Siento entonces una mano que acaricia mi muslo desnudo y me muerdo la lengua para disimular y que nadie note lo que está pasando. Bajo una de las manos que tengo apoyadas en la mesa y la coloco sobre la suya para pararlo mientras lo miro a los ojos con desaprobación.

—Esto no es ni un uno por ciento de lo que podrías llegar a sentir si me dejaras ir más allá en el masaje que, por cierto, me dijiste que concertarías —me dice al oído.

—No me presiones —le respondo.

—Esos es lo que me gustaría. Presionar mis dedos sobre tu cuerpo.

—Vale ya.

Trato de cambiar de tema y me pongo a hablar con una de mis primas, la que me llama Pene, pero es que es la primera que tengo a mano, no puedo desaprovechar el momento.

Izan me interrumpe, llamando mi atención para que deje la conversación sin acabar y cuando me giro para ver qué es lo que quiere, sus labios chocan con los míos y me besa de una manera de esas que deberían estar prohibidas.

Cuando consigo separarme, la familia se pone a vitorear, como en la boda de Sandra y Lucas, pero estos dos, que están en el viaje de novios, si que se aman y se han unido para rezumar amor por cada poro el resto de sus vidas, Izan y yo no.

Me las va a pagar, desde luego que lo va a hacer. Lo miro con odio mientras que la familia me grita: BODA, BODA, BODA, YA. Y yo solo hago oídos sordos porque no me interesa para nada lo que me dicen.

Cuando nos acabamos toda la comida y el postre inmenso que ha comprado mi madre, un brazo de gitano XXL. Ya no me entra ni un alfiler, es que me ha a explotar el vestido como me coma una cucharada más de nata.

Tras el café de rigor, cada cual se va despidiendo. Ellos saben que, si esto se alarga mucho, empieza a hacerse incómodo. Odiamos las batallitas y si pasa algo más de tiempo del que debe ser, empiezan a encadenarse una tras otra.

Ya solo queda uno por marcharse, como no, Izan. Papá me pide que le enseñe la casa. Parecemos dos niños pequeños de excursión por esta mansión.

Le enseño todas las estancias de la casa menos mi habitación. Bueno, mi casa, e general. Tengo una pequeña casita en el mismo terreno, es como la casa de invitados, pero me la he agenciado yo, porque tengo un morro que me lo piso. Qué le vamos a hacer.

—¿Y esa casita de ahí? ¿Qué es, la del personal?

—No, es la mía, pero no te hagas ilusiones, no te la voy a enseñar.

—Venga va, no seas siesa.

—A mí no me llames siesa.

—Pues deja de serlo.

Y me enfado, la ira me corroe por cada vena que cubre mi piel y lo cojo de la mano para llevarlo a la puñetera casa. No quiere casa, pues toma casa. Se la va a comer enterita, le voy a enseñar hasta la caja de arena del gato y hasta el mojón que haya dejado, bien cerquita de la cara.

Voy estancia por estancia, enseñándole hasta las motas de polvo de la casa y cuando llegamos a mi cuarto, me toma de la cintura y me hace caer en la cama antes de empezar a hacerme cosquillas. ¿De qué va?

No dejo de reírme mientras intento contenerlo, cosa que no consigo nada. La puerta se abre entonces y mi padrino aparece en el marco de la puerta negando con la cabeza mientras sonrío.

—No pienses mal, Charles, son solo cosquillas.

—¿Quisquillas?

—No, eso es una especie de gamba.

—Mmmm, gusta gamba.

—No sabe nada el inglés —suelta Izan.

—Tú calla —desvió la mirada hacia mi padrino. —Cosquillas is Tickle.

—Oh, ok.

—Pues eso. Ahora los dos fuera, que quiero cambiarme de ropa.

Charles se va y miro a Izan esperando que lo capte y salga por la puerta, pero parece que es duro de entenderas. Le señalo la puerta, pero se sigue haciendo el loco y realmente me revienta.

—Ahora me voy, pero mañana te espero en mi consulta. Tienes la dirección en la tarjeta que te di en la discoteca. La cita es a las once. No me falle, que sé dónde vives y vendré a por ti.

—Eres un caso perdido.

—Estaba perdido, sí, pero tú me has encontrado —y se va con esa frase, dejándome con la palabra en la boca y yo me quedo parada, porque sus palabras me han llegado más de lo que yo me esperaba.

Puede que sea un galán profesional, que viva de sus manos y de su cuerpo, pero sin duda es mucho más de lo que parece y quizá no sea tan malo conocerlo después de todo. S probable que me lleve una sorpresa.

Podría empezar acudiendo a la cita de mañana en su consulta. Total, no tengo nada mejor que hacer, y estoy sin trabajo. Quién sabe, si me enseña, me podría dar clases para aprender a dar masajes, los míos sin final feliz y así dejar de estar en la lista del paro y hacer algo útil con mi vida.

Así que decidido, mañana empieza mi nueva misión. Si él se aprovechó de mí en su momento ahora me toca a mí aprovecharme de él. Voy a conseguir que me enseñe su oficio para dejar de ser la niña de papá, sea como sea, y voy a conquistarlo como un reto.

Primero, porque está como un queso, pero de esos que vale un ojete de la cara, que no un ojo, no de los de Mercadona a tres euros.

Segundo, porque él ya ha jugado conmigo bastante, ahora toca que yo coja las riendas de la

partida y me lleve la victoria llegando a la casilla final.

Y, por último, estoy soltera, aunque no entera, y este cuerpo necesita mambo, por no decir que necesito un masaje urgente, porque me duelen hasta las pestañas. No me vendrá mal un buen meneíto, ¿no? Eso sí, nada de final feliz.





CAPÍTULO 4: LOS DADOS DEL AZAR.

Hoy tengo una cita con Penélope en mi consulta. La verdad es que estoy más emocionado que un niño con una chocolatina, pero no me quiero hacer ilusiones, porque lo más probable es que no venga.

Me levanto sobre las ocho de la mañana y tras una ducha, un café y algo de ropa, por eso de no ir desnudo al trabajo, que ya suficiente nos dan la chapa los anuncios de Just Eat, me marcho al trabajo.

Tengo a las nueve una clienta y quiere un masaje de dos horas. La primera para masaje y la segunda para otro tipo de masaje, aunque este más placentero, sin duda. Y después tendré la sesión con la que espero que sea mi clienta preferida.

No sé qué tiene Penélope, pero le tengo unas ganas que no son normales. Ya espero con ansia que sean las once para poder estar y su vera. Las dos horas con Mónica pasan sin pena ni gloria.

—¿Qué te apetece hoy?

—Lo de siempre. Espero que te esmeres, porque el masaje ha sido una mierda, estás distraído.

—Perdona, es que tengo muchas cosas en la cabeza.

—Pues espero que cuando tu lengua juegue entre mis piernas, no lo estés —asiento y no sé qué más decir.

Por fin llega la hora y Mónica se va dejando dos cientos euros sobre la camilla. Es una más que sustanciosa propina, no cabe duda. La verdad es que me he ganado. Tengo hasta agujetas en la lengua.

Salgo a la recepción a ver si ha llegado la siguiente visita, Penélope, pero no está. Me imagino que me ha plantado y no quiere volver a verme. En verdad me lo temía, era demasiado bonito para ser verdad.

Vuelvo a la sala avisando a la recepcionista de que, si ella llega, me la envíe a mi sala directamente. Después de eso, me meto en la sala y me tumbo en una de las camillas para relajarme.

Si voy a tener una hora libre, lo mejor será que me relaje, ya que me espera un día duro. Cierro los ojos y me relajo al completo. No pasan ni dos minutos cuando escucho la puerta abrirse y a Penélope entrar en ella.

—Hola, Izan.

—Hola, Penélope. ¿Qué hace alguien como tú en un sitio como este?

—Pues parece que verte dormir la mona.

—Es que como tardabas me iba a echar una cabezadita.

—Pues siento fastidiarte la siesta, pero aquí estoy.

—Y eso me encanta. Te dejo para que te desnudes. No hace falta que te quites las braguitas si no quieres. Túmbate boca abajo en la camilla y vuelvo en un par de minutos. ¿Vale?

—Genial —me sonrío y la verdad es que me sorprende. ¿Qué se ha tomado esta hoy para estar tan amable conmigo?

Salgo para que pueda desnudarse y tumbarse en la camilla y aprovecho para tomarme un

rápido café en la sala de descanso. Cuando vuelvo a la sala de masajes, ya está prácticamente desnuda y cubierta por la sábana de cintura para abajo.

Acerco la mejor crema que tenemos y la coloco sobre mi silla giratoria antes de colocar la crema en mis manos y esparcirla despacio en su espalda, que es suave como el terciopelo.

—Está frío.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me gusta, con el calor que hace, viene bien que te refresquen, aunque sea con crema.

—Me alegra ser el motivo de tu frescura, entonces.

Y entonces me dedico a masajear primero los brazos y las manos, despacio, para que su cuerpo empiece a relajarse y sea más receptivo para mí. Y eso hace, cada vez está más relajada y ahoga algún que otro gemido cuando el gusto y el placer se entremezclan.

Mis manos se trasladan por su columna hasta llegar a sus caderas y me encargo de destensar la zona, que está muy cargada. Supongo que, después de todo, no le ha venido tan mal que le ofreciera esta sesión de manera tan desinteresada y gratuita.

Bueno, desinteresada no, que estoy más que interesado en acariciar cada centímetro de su cuerpo. Me estoy calentando yo, creo que voy a entrar en ebullición para después evaporarme.

Durante casi tres cuartos de hora masajeo su cuerpo a mi antojo y no me privo de nada, incluso trabajo sus piernas y tiene que llamarme la atención cuando mis manos traviesas rozan la parte baja de su trasero.

El masaje termina, pero la verdad es que no quiero que acabe nunca, no quiero dejar de tocar su piel, que me enloquece con cada caricia. Aparto, a regañadientes, las manos de su piel y me quedo mirando su cuerpo.

—¿Qué tipo de final quieres, preciosa?

—El de: gracias, son cuarenta euros.

—Vaya, a mí que me encantaría darte el final que te mereces y que deseas en tu fuero interno.

—Lástima que eso no vaya a ocurrir.

—Sí, lástima.

Dejo que se vista la soledad, no quiero que piense que soy un perverso. Vuelvo un par de minutos después y la encuentro ya vestida y sentada en la camilla. Sonrío y cierro tras entrar.

—La verdad es que no ha estado nada mal, tienes unas buenas manos.

—No sabes las virguerías que pueden hacer estas manos.

—Supongo que me quedaré sin comprobarlo, aunque tampoco es que me preocupe. Pero estoy pensando una cosa, no sé si te parecerá bien, aunque espero que sí. ¿Tú me enseñarías a hacer masajes básicos? Sin final feliz ni nada de eso, solo para sacarme una pasta y dejar de estar en el paro.

—Puede ser interesante. Puedo darte algunas clases intensivas para al menos hacer masajes anticelulíticos y relajantes. No es tan complicado y sé que eres una chica lista y vas a poder hacerlo. Te aseguro que saldrás e aquí hecha una experta.

—Eso espero y gracias por acogerme y por la ayuda.

—No hay de qué, pero esto tiene un precio.

—Ya estamos otra vez con tus chantajes.

—Ya sabes que me encanta molestarte. Quiero ir a cenar contigo esta noche y pasar un fin de semana contigo.

—Lo del fin de semana ya veremos. Solo me conoces desde hace dos semanas. Sobre lo de la cena de esta noche, acepto, pero pagas tú.

—Hecho.

—¿Cuánto te debo?

—Un beso.

—Otra vez con tus juegos. Deberías haber dicho eso de: la voluntad.

—Es que tu voluntad no sería un beso, que es lo que quiero.

—Eres un chantajista nato.

Me encojo de hombros y simplemente la tomo de la cintura y la levanto de la camilla para colocarla contra la pared, mientras me adueño de su lengua, de sus labios y de ella al completo.

Y entonces me aparta. Me imagino que es porque no quiere besarme más. Toma una bocanada de aire y me mira negando con la cabeza. ¿Tan malo ha sido? A mí me ha gustado, bueno, más bien me ha encantado.

—Te has pasado de la raya, Izan.

—Ni siquiera la he rozado, créeme cuando te digo que me he frenado más de lo que he hecho nunca.

—Claro, lo que tú digas. Ahora tengo que marcharme. ¿Cuándo empezamos las clases?

—Mañana mismo y espero que me pagues cada clase.

—Pensé que solo tenía que darte la voluntad —me dice con esa lengua viperina que me vuelve loco.

—Quiero besos voluntarios a cambio de clases voluntarias. Creo que es más que justo.

—Tú nunca te cansas de jugar con fuego, ¿verdad?

—Es que con el calor que hace, ¿qué más da quemarse un poco más?

No dice nada más, solamente se despide con la mano y sale de la habitación. Corro tras ella y la cojo del brazo para que frene. Lo hace y se me queda mirando sin saber bien qué quiero ahora.

—Te pasaré a buscar por casa a las nueve. Espero que no tenga que esperarte, como hoy.

No dice nada, solo se marcha y yo hago pasar a la siguiente a la sala de masajes. Es una niña que se dislocó un hombro y necesita rehabilitación. Es una buena chica, un ángel, de esas que deseas que tu hija te salga con un corazón como el suyo.

—Hola princesa, ¿cómo va ese brazo?





CAPÍTULO 5: SUBE AL PUENTE Y DEJA QUE TE LLEVE LA CORRIENTE.

Me he pasado el día arreglando las plantas con mi madre, haciendo yoga, pintando y arreglándome las uñas. Esta noche tengo una cita con Izan y quiero arreglarme por una vez.

Primero me conoció con un vestido con el que parecía la hermana mayor de Flubber, después con uno veraniego de estar por casa, siempre con manolequinas, por supuesto, y no quiero que vuelva a verme desaliñada o pareciendo que acabo de salir del circo.

Escojo con mucho cuidado lo que voy a ponerme. La verdad es que desde que me he propuesto conquistarlo, para que no se crea el rey del mambo, porque la reina del mambo soy yo, me siento más sexy.

Quiero estar sexy para que no pueda resistirse a mí y para ello uno de los ingredientes imprescindibles es ponerme unos buenos tacones y un vestido ajustado de infarto. Quiero hacerme un maquillaje ahumado y ojos de gato.

Como colofón, quiero hacerme un peinado de esos que se ven en las pasarelas de la Cibeles, por la tele, donde no se te mueve ni un pelo y estás requetemona. De esos que parecen un moño desenfadado, pero que en realidad lleva un buen rato hacerlo.

Y eso hago, me miro un tutorial de esos de YouTube cuando ya me he puesto el vestido, no vaya a ser que me haga primero el peinado y se vaya a la mierda al ponerme el vestido. Consigo hacer algo medio decente, no parece de profesional, pero tampoco parece que lo haya hecho una persona invidente.

Después, me maquillo. Primero, el sombreado, que eso se me da de perlas, y después una línea que se llama ojo de gato o no sé qué. Siempre me la he querido hacer y el vídeo de YouTube ha sido de gran ayuda.

Después viene la parte más complicada. La de los zapatos de tacón. No soy muy aficionada a los zapatos de tacón, cuando me subo en alguno de ellos parezco un pato mareado.

He intentado probarme los de menor tacón, pero parezco una abuela octogenaria, de esas que van con taca-taca, así que miro unos que me regaló mi madre un cumpleaños y ellos me miran a mí.

Parece el diablo que me sonrío queriéndome decir que las voy a pasar putas, que será como pasear por uno de los precipicios del infierno a pata coja y que me voy a meter un guantazo que de esta no me salva y el espíritu santo.

Ante todo pronóstico, cierro los ojos y los selecciono. Son rojo, pero rojo putón, no rojo bonito, pero supongo que ya me viene bien, porque el vestido es negro y corto, a lo putón verbenero, y tengo un bolso rojo con el que poder conjuntarlo, que me regaló mi padre ese mismo año.

Supongo que se cuadró con mi madre para que algún día pudiera llevar esas dos cosas juntas, aunque no creo que fuera para hacer la calle.

Salgo al jardín y me siento en una de las hamacas con un mojito en la mano, Todavía quedan un

par de minutos para las nueve, así que me estoy relajando un poco y, obviamente, estoy empezando a ponerme un poco a tono.

Siempre es bueno tomarse una copa antes de una cita, por eso de que quita los nervios y de más. No quiero ser la loca nerviosa de la cita. Cierro los ojos para relajarme mientras siento la brisa acariciar mi cuerpo y entonces los noto.

Chip y Chop han venido a saludarme. Los acaricio y ellos se friegan contra mis brazos y piernas. La verdad es que los amo. Son lo mejor que tenemos en esta casa, como nuestros hijos.

Me gustaría que, cuando tenga una autonomía económica y no tenga que vivir en casa de mis padres, sino en la mía propia, creara un gran jardín, con un pequeño estanque lleno de peces de esos chinos o japoneses, yo que sé, pero esos que son tan cool y significan ying y yang.

Me encantaría tener ocas, como mi madre, como mis niñas bonitas barra animales de compañía y me encantaría poder crear un pequeño jardín donde cultivas cosas y plantar flores.

Pero no flores usuales que puedes comprar en cualquier lado, voy a plantar lirios, que parecen estar a precio de un barril de Brent y por lo que parece difíciles de encontrar por estos lares.

Todo es cuestión de proponérselo, la verdad. Pero para eso tengo que hacer muchos masajes y ahorrar como una loca, lo que quiero no es moco de pavo, así que hay que ser responsable.

Beso las cabezas de las ocas y es entonces cuando escuchan a mi madre, que sale con el plato fuerte, son como golosinas para las ocas, ya ves tú. Solo es pan reblandecido con agua, pero para ellas es un manjar para dioses. Salen despavoridas en busca de comida y mi madre deja los cuencos en el suelo antes de acercarse a mí.

—¿Qué haces aquí tan sola y así vestida, cariño?

—He quedado con Izan, vamos a ir a cenar. Ahora pasará a buscarme.

—Estás muy guapa, pareces un poco ligerilla de cascos, pero qué le vamos a hacer. Hay que ponerles los dientes largos a los chicos. Me alegro de que te hayas puesto los zapatos que te regalé.

—Son muy bonitos. Gracias, mamá.

—A ti, mi cielo. Ahora ve y disfruta. Ahí tienes a tu hombre —me dice señalando la entrada.

Veo a Izan sonriendo mientras me espera. La verdad es que está muy guapo. Lleva puesto un traje de esos que cuando ves un hombre con unos de esos puestos, a lo Armani, se te cae la baba literalmente y te tienes que poner un babero como si fueras un bebé.

Me tomo el sorbo que me queda de mojito y me encamino a la entrada tras despedirme de mi madre, que saluda a Izan con la mano antes de entrar en casa.

Es la hora de la verdad. Será nuestra primera cita oficial, sin chantajes ni cosas raras. Estoy bastante nerviosa, no voy a engañar a nadie, pero no dejaré que me lo note, que se piense que estoy más segura que las que llevan Evax.

Cuando llego a su altura, lo miro con una sonrisa en los labios. Está la mar de guapo y la verdad es que no me importaría para nada ir del brazo de Izan fardando de hombre por las calles.

—Buenas noches, Penélope.

—Buenas noches, Izan.

—Estás preciosa. Me has quitado hasta el hipo nada más verte.

—Me alegra ser ayuda para tus ojos y tu hipo —le guiño el ojo y subo en el asiento de copiloto de su coche cuando me abre la puerta, como si fuera yo una dama de la corte. Qué mono.

—Espero que te guste el lugar donde he reservado para cenar.

—Estoy segura de que me encantará y, por cierto, estás muy guapo tú también.

—Te agradezco el cumplido. Tengo que decirte que estoy como un flan y no será porque no he

tenido citas.

—Quizá es porque no soy una clienta esta vez —y se la suelto sin pensar. Me tenía que haber metido la lengua en el culo.

—La verdad es que no vas mal encaminada. Cuando tengo encuentros con mis clientas, yo llevo la sartén por el mango, pero esta vez la tienes tú —y eso me sorprende, sobre todo porque no sabía que tenía tanto poder sobre él.

No decimos mucho más, imagino que porque ambos estamos nerviosos. Así que, para que el silencio no se haga incómodo, Izan pone algo de música ambiente para amenizar el trayecto.

Cuando aparca, miro a mi alrededor y me asombra de lo que contemplo. Se trata de un castillo, que parece medieval, de piedra gris y pórtico gigantesco. Es realmente mágico. No podía haber escogido un lugar mejor, es maravilloso.

Baja del coche y abre mi puerta, tendiéndome la mano para que pueda salir y realmente lo agradezco, porque con estos taconazos puedo o acabar caminando como un pato mareado o en el suelo con las paletillas rotas.

—Esto es precioso, Izan.

—Quería sorprenderte y creo que lo he conseguido.

—Con creces.

—Bueno, pues ahora ya sabes. Cuando crucemos esas puertas, solo quedará espacio para el deleite, el disfrute y la tranquilidad.

—Eso es lo que deseo. ¿Entramos?

—Por supuesto, princesa.

Lo tomo del brazo y juntos entramos, avanzando bajo el arco hasta llegar a la puerta principal, donde un hombre con un traje de lo más pulcro, nos sonríe y nos hace casi una reverencia.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, tenemos una reserva a nombre de Izan Muñoz —dice mi acompañante y el señor, ya entrado en años y vestido como un pingüino, mira la lista antes de asentir.

—Sí, aquí está. ¿Me acompañan?

—Claro —le decimos a la vez y entramos en el edificio.

Las paredes están decoradas con espadas, escudos, cuadros antiguos, banderas, emblemas templarios y en la sala hay alguna que otra armadura. Realmente es como un sueño. Cuando entras aquí, es como si hubieses traspasado un túnel del tiempo que te hubiese transportado a otros años, esos que ya solo quedan plasmados en escritos.

Cuando el señor nos indica la mesa, Izan corre a retirar mi silla para que me siente. Yo le sonrío por su gesto galán y él me secunda, pero espera un momento, esa sonrisa pícaro esconde una malicia cubierta de purpurina.

—No irás a retirarme la silla cuando me vaya a sentar, ¿verdad?

—Mierda, me has pillado, ahora ya no voy a poder hacerlo.

—Se siente —nunca mejor dicho.

Ambos nos reímos por mi chiste malo antes de sentarme y que él haga lo propio en su silla. No tardan mucho en traernos agua y unas tostadas con foie para ir abriendo apetito mientras decidimos qué queremos de la carta.

Todo tiene una pinta increíble, hasta lo que ni siquiera sé pronunciar, pero cuando miro los precios casi me da un ataque al corazón. Me sabe mal que el sea quien me invite y se vaya a gastar esta ingente cantidad de dinero. Y eso que solo es la primera cita.

—¿Estás seguro de comer aquí? Siempre podemos ir a un Burger King.

—¿No te gustan los platos?

—No es eso, para nada. Todo tiene una pinta exquisita, pero ¿has visto los precios?

—Sí, no te preocupes, el otro día una de mis clientas me dio doscientos euros de propina, así que nos pagó la cena.

—Joder, yo también quiero ganar esa pasta solo de propina.

—Pues ya sabes, únete al club de la lengua —me guiña el ojo y yo me revuelvo negando con la cabeza.

—Antes muerta.

—¿Que sencilla?

—No seas tonto, anda.

—Nooooo, nunca se me ocurriría —se hace el niño bueno.

—¿Qué te parece si hacemos una tabla de embutidos de entrante a compartir y después un plato principal individual?

—Me parece una idea maravillosa.

—Pues ya lo tenemos listo.

—¿Un vino?

—Solo faltaría —le contesto sonriendo.

—Penélope, ¿te puedo hacer una pregunta bastante personal?

—Puedes hacerla, que te la conteste es otra cosa.

—¿Por qué has cambiado de idea, si no querías volver a verme ni en pintura, y has decidido tener una cita conmigo?

—Eres un buen chico y yo estoy aburrída. No tengo trabajo ni pareja, y gracias a ti, puede que tenga lo primero.

—¿Y lo segundo?

—Quién sabe.

—Así que soy tu juguete para no aburrirte.

—No es eso. Quizá he parecido fría, pero no es así. Me he dado cuenta de que eres una persona interesante y que si el destino nos ha unido es por algo.

—Eso es muy cierto.

—Podemos ser amigos, creo que eso se nos puede dar bien, más allá, no creo que pueda ser posible. Sinceramente, y no te lo tomes a mal, no podría estar con una persona que se dedica a tocar a otras a cambio de dinero. Un masajista-gigoló. Sentiría que me están faltando al respeto. ¿Entiendes?

—Perfectamente. He tenido parejas, aunque no lo creas, y cuando he estado con ellas no he ejercido la profesión más antigua del mundo —y me río de cómo intenta decir gigoló sin decirlo.

—Entiendo. Así que, cuando estás en pareja, no hay finales felices que valgan.

—Exacto.

—Eso es interesante. Me lo apunto.

Nos giramos cuando nos interrumpen y veo que es otro pingüino, entiéndase como hombre trajeado igual que el resto, que es que solo los diferencio por el jeto y el peinado, y nos pide la comanda.

Se la damos y se marcha como ha venido, con su libretita en la mano y su sonrisa grapada. Yo creo que, en sitios como este, en vez que pagarte un plus por servicio, te lo pagan por sonrisa fingida, porque madre mía... Aquí Nicole Kidman no ganaría ni pa' pipas, es lo que tiene el bótox.

—Peni, tengo que darte una noticia.

—Peni solo me llaman mis amigos.

—¿No has dicho que ahora éramos amigos?

—No eres listo tú ni nada.

—En esta vida, si no eres el más listo, te comen. Y ya lo sabes bien, el que come soy yo, a cambio de billetitos.

—Anda calla, que vamos a comer, comida.

—Está bien. Bueno, ¿quieres saber la noticia o no?

—Por supuesto.

—He hablado con la jefa del local y te va a coger como aprendiz, bajo mi responsabilidad.

—Eso es magnífico, aunque no sabía que tuvieras una madame.

—Solo no ganaba lo mismo. Ella hace mucha publicidad y eso consigue mucha clientela.

—Entiendo. ¿Y eso de bajo tu responsabilidad?

—Eso significa que si la cagas, no solo te echan a ti, sino que nos echan a los dos.

—Eso sí que no, Izan. No quiero que tu trabajo peligre por querer ayudarme.

—No te preocupes por eso. Confío en ti y conmigo de mentor vas a ser una de las mejores, te lo aseguro.

—Más vale, me esforzaré mucho. No me perdonaría joderte la vida por mi ineptitud.

—Bueno, ahora no te preocupes más por eso y disfruta de esta noche, que espero sea muy especial para ambos.

Vuelven a interrumpirnos, pero esta vez es para presentarnos el primer plato, una bandeja de embutidos ibéricos. La verdad es que tienen una pinta exquisita y me muero por hincarle el diente, pero quiero ser respetuosa, sobre todo porque no quiero que piense que como como una cerda.

—Y dime, Peni. ¿Qué es lo que te gusta?

—La playa, el sol, comer, beber, el color lila, leer, pintar, la jardinería, me gustan mil cosas. ¿Y a ti?

—También me gusta la playa, el sol, beber, hacer el amor, disfrutar de la vida, hacer senderismo, la botánica e ir al gimnasio. Ah, y mi color es el azul cielo.

—Parecemos dos niños diciéndose sus colores.

—Es verdad, pero es mejor vivir con el espíritu de un niño, que estar amargado siempre — asiento y veo que se coloca un pedazo de jamón sobre una rebanada de pan. Yo hago lo mismo, pero con lomo.

Empezamos a comer con más ahínco, pero sin dejar de charlar y cuando el vino llega es como si llegara el paraíso. Nos lo bebemos como si fuéramos dos esponjas humanas mientras acabamos de devorar el resto del plato a compartir.

La luz de la vela que nos han puesto en la mesa se refleja en el rostro atractivo de Izan. No lo había visto antes de este modo, como un hombre. Solo lo había visto como un payaso que me tocaba lo que no sonaba.

—¿Cómo que estás soltero, Izan?

—Me casé hace dos años con la que creía que era el amor de mi vida, y resultó ser mi peor pesadilla, ya que hace seis meses la encontré con mi mejor amigo en nuestra cama.

—Joder.

—Y eso no es lo peor. Se liaron el día de nuestra boda, cuando fue al baño supuestamente a cambiarse de vestido. Se pasaron dos años riéndose de mí. Tenía más cuernos que un ciervo.

—Qué cabrones.

—Ella está ahora embarazada de él, de ocho meses.

—Vaya, lo siento mucho.

—No pasa nada, ya está superado. Pero como imaginas, me cuesta mucho confiar en la gente, por eso me gusta mi trabajo. No hay complicaciones, ataduras, sentimientos ni nada que pueda hacerme sufrir. Todo lo contrario, paso un buen rato, disfruto de la vida y encima gano dinero.

—Bueno, viéndolo así...

—Pero dejemos de hablar de mí, hablemos de ti. ¿Qué hace una chica como tú tan sola? Debes tener a cientos de hombres babeando por ti.

—No he encontrado a ningún hombre que merezca la pena, que me haga vibrar, que me sonroje, que haga que me sienta en casa. Así que ya sabes lo que dicen: mejor soltera que mal acompañada.

—Entiendo.

—Así que los dos somos almas solitarias —le guiño el ojo y es entonces cuando veo a uno de los camareros retirar los platos para que otros nos pongan los nuevos.

—Pues sí, lo somos —empezamos a comernos el segundo plato.

No hablamos hasta que quedan limpios. La verdad es que la comida está deliciosa, un poco cara, sí, pero deliciosa. Me tomo la última copa de vino junto con Izan, brindando por que esta sea la primera de muchas citas de amigos.

Nos animamos con unos chupitos, regalo de la casa, y acabamos como una cuba. Tenemos que dejar el coche y coger un taxi o acabaremos en alguna cuneta. No nos habíamos dado cuenta, pero llueve a mares y sin paraguas acabamos calados hasta los huesos.

El taxi nos espera fuera, pero tenemos que caminar toda la parte del empedrado hasta llegar al arco, esa zona donde el taxi no puede acceder. Miro a Izan en el pórtico y miro los tacones. Si me los dejo puestos, iré a paso de tortuga.

Me quito los tacones y los sujeto con una de mis manos para poder correr sin abirme la cabeza, pero Izan niega. Hay piedras afiladas y algún que otro cristal mal barrido. Así que, ni corto ni perezoso, me toma en brazos y recorre la distancia que nos separa hasta llegar al taxi, donde me mete entro antes de hacerlo él.

Estoy empapada, al igual que es. El vestido se ajusta a mi vestido más de lo que ya estaba y si no estuviéramos en esta tesitura incluso podría bromear sobre quién de los dos ganará el concurso de Miss o Míster camiseta mojada.

—¿Qué vienes? ¿De participar en el concurso de Miss camiseta mojada?

Y es ahí donde me doy cuenta de que quizá no seamos tan diferentes. Si pensamos lo mismo o somos tan parecidos, ¿por qué no darles la oportunidad a dos corazones vacíos con mucho que ofrecer?





CAPÍTULO 6: NO TE CAIGAS EN EL POZO.

Está jodidamente preciosa así mojada, sobre mis brazos y solo deseo acunarla y besar sus labios. ¿Por qué me pasa esto? Y, sobre todo, ¿por qué me pasa esto con ella? Es especial, lo sé, pero ¿puedo fiarme de abrirle mi corazón a alguien y que no me lo vuelva a lastimar?

Le doy al taxista la dirección de la casa de Penélope y le pago un suplemento por el estropicio que le estamos haciendo a la tapicería al estar empapados. Ella me mira y sonrío. Se la ve un poco contentilla, fruto del vino y de los chupitos.

Cuando me doy cuenta, se ha dormido, apoyando la cabeza sobre el hombro y parece un ángel. No es que sea lo más hermoso que he visto nunca, tampoco es perfecta, pero si lo fuera, todo sería demasiado aburrido.

Me gusta, puede que sea un error, pero me gusta, así que la voy a conquistar cueste lo que cueste. Quien no arriesga, no gana. Y yo me voy a arriesgar por ella, en todos los sentidos, por última vez, y solo espero que no sea la que acabe de romperme mi maltrecho corazón.

Pago la carrera al llegar y me despido del taxista, muy amable. Cojo en brazos a Penélope y su bolso, del que saco las llaves de su casa. Al final si que voy a ver la casa al completo, no como la primera vez.

Abro como puedo, que no es tarea sencilla llevando un cuerpo dormido en brazos, como un peso muerto, y entro en la casa. Si ahora mismo cayera una bomba nuclear, creo que ni se inmutaría, está en el séptimo sueño.

La llevo a su cama y, sin mirar, le quito el vestido y la tapo con las sábanas. La cama no está hecha, así que me facilita bastante el trabajo. Desvío la mirada momentáneamente y veo que no lleva ropa interior. Me cago en la...

Una vez la dejo allí dormida y bien tapada para que no se resfríe, me quito yo la ropa. Estoy empapado y como no me cambie, el que voy a acabar con una neumonía voy a ser yo.

Ahora, sin ropa alguna, la extiendo en las sillas del comedor para que se sequen y voy al baño a asearme. Cuando me miro al espejo puedo ver mi cara de muerto. Joder, necesito dormir o mañana, cuando llegue a la oficina, voy a ganar menos que un mendigo.

¿Quién se acostaría con un tío que parece haber salido del reparto de The Walking Dead?

Me tumbo al lado de Peni, en su cama, y solo dejo que me deje llevar el sueño después de haber puesto la alarma para mañana. No quiero, además, llegar tarde y perder más clientas.

—Buenas noches, princesa.

Abro los ojos cuando el sonido de la alarma me despierta. Voy a apagarla y es entonces cuando descubro que Penélope me está mirando de arriba abajo sonrosada. Desvío los ojos hacia donde mira y me cubro enseguida al ver que estoy desnudo y empalmado.

—¡Mierda! —grito.

—¿Qué haces tú desnudo en mi cama? ¿No me digas que anoche tú y yo lo hicimos? —le levanta un poco la sábana y cuando se ve desnuda, se teme lo peor. Yo aguanto la risa e intento transmitir una expresión seria.

—Pues sí, y la verdad es que tampoco fue tan memorable.

—Si no fue memorable, seguramente es que no fue conmigo con quien lo hiciste.

—Está bien, no pasó nada, pero no hubiese estado nada mal que hubiese pasado.

—Los amigos no se acuestan, Izan.

—Entonces quizá debamos dejar de ser amigos para poder hacerlo.

—Estás loco —me dice mientras apago la alarma del móvil.

—Venga, mueve el culo, que tenemos que ir a trabajar y nos va a pillar el toro.

—Lo que tú digas, jefe.

—Mmmm, me encanta eso de jefe.

—Tampoco te emociones...—me dice antes de arrancar la sábana de la cama e irse directa al baño, me imagino que para ducharse.

La verdad es que no sé que ponerme. No me voy a poner el traje de ayer para ir a trabajar. Espero que podamos pasar un momento por mi casa para cambiarme, porque si no lo llevo crudo.

Le hago saber a Peni que vendré a recogerlo, pero que tengo que ir a casa a cambiarme. Al final llegamos tarde, ya lo estoy viendo. Cojo un taxi y corro hasta casa, la verdad es que llega en tiempo récord.

Me doy la ducha más rápida de mi vida y me pongo unos tejanos y una camiseta, acompañados de un peinado que no parezca salido de unos dedos en enchufe y unas bambas antes de tomar un café más que frío y un bollo y salir a medio comer en busca del mismo taxi, al que he hecho esperar, para ir de vuelta a casa de Peni y recogerla.

Después nos ocuparemos de recuperar mi coche, que se ha quedado en el restaurant4e medieval y como siga así me voy a fundir el sueldo de un mes en taxis.

Cuando llegamos a casa de Peni, ya está fuera esperando con un cacaolat de botella en la mano y un cruasán en la otra. Entra al taxi cuando me ve de copiloto y desayuna en el trayecto.

No tardamos mucho en llegar al local. Entro y saludo a Lucy, la recepcionista. Esta me responde con una sonrisa y entro, junto con Peni, a mi pasa particular. Le doy una bata y otra me la pongo yo.

La idea es que hoy esté como observadora y que hagamos alguna cosa a cuatro manos, pero nada muy avanzado, que no tiene ni idea y no quiero que después las clientas me denuncien porque les duele algo.

Le enseño los múltiples productos y le hago una clase express con los movimientos más básicos para que pueda hacer algo más que observar lo que yo haga. Hoy no tengo ninguna clienta que desee algo más que un simple masaje, así que mejor para ella, así podrá aprender más.

—No estés nerviosa, todo va a salir genial.

—Eso espero.

—Hoy no tenemos sesiones vip, ¿vale?

—Mejor, esas cosas te las dejo para ti, que eres el experto.

Loli entra. Es mi primera clienta del día. Es una chica fina de cuerpo, así que nos viene genial, porque la fuerza a usar es mejor que la usada para una persona que tiene mucha más grasa corporal.

Tras el saludo, con un abrazo, como hago con todas mis clientas, la dejo desnudarse y tumbarse boca abajo y cubrirse con la sábana, mientras Peni y yo salimos y le doy algunas directrices.

—Mira, tú te encargarás de hacerle un masaje relajante en las manos mientras yo me encargo de espaldas y piernas, que es lo que quiere. Así le regalamos las manos y no se negará a que la usemos de conejillo de indias. Recuerdas como te lo hice yo, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues mucho más suave, solamente queremos que se relaje, no recolocarle nada. Masajea así —le hago un breve masaje como ejemplo para que vea lo que hay que hacer y ella asiente afirmando que lo ha entendido.

—Captado.

—Perfecto, pues vamos para dentro.

Volvemos a la sala. Loli ya está sobre la camilla, es hora de hacer nuestro trabajo, o como yo lo llamo, hacer magia. Me coloco la crema en las manos y Peni hace lo mismo. Aquí no usamos aceites, correrán más por la piel, pero son un engorro, sobre todo para las clientas y su ropa, por eso yo nunca los uso. Clientas mías vienen aquí porque soy de los pocos que no lo usan.

Veo que Penélope se sienta en uno de los taburetes a la altura de la mano derecha de la clienta y empieza a masajearla despacio con la crema. Y la verdad es que es muy buena, casi lo hace mejor que yo. Tiene madera para esto.

Y así pasamos el día. Acabamos a las tres de la tarde y le propongo ir a comer juntos, pero parece que ella tiene otros planes. No quiero importunarla, así que se marcha a su casa mientras que yo cojo un taxi para volver a la mía.

Quedamos mañana a la misma hora, mañana tendré que hacer un par de visitas a domicilio, pero aun así tendré tres horas en el local para poder seguir enseñando a Peni. Es muy lista y aprende rápido. Estoy seguro de que en un par de semanas podrá hacerlo todo con los ojos cerrados.

Cuando recupero mi coche, marchó a casa de mis padres. Tengo muchas ganas de verlos y me imagino que ellos a mí también. Ellos son dos ángeles caídos del cielo, como Penélope.

No tardo mucho en llegar y cuando golpeo la puerta y mi madre la abre, corre a abrazarme y a darme besos sin parar mientras grita a mi padre, para que salga también a saludarme. Y lo hago, igual de efusivo que mi madre.

Pablo y Susana, Susana y Pablo, dos locos de amor el uno por el otro desde hace más de veinticinco años. Los abrazo a ambos y me hacen pasar dentro de casa, pues fuera en pleno verano, esto es un horno.

—¿Cómo estáis? Tenía muchas ganas de veros.

—Y nosotros a ti, hijo —contesta mi padre.

—Te veo más delgado. ¿Ya comes? —pregunta mi madre.

—La verdad es que hoy todavía no he comido.

—Pues ahora mismo te voy a preparar yo un solomillo con patatas fritas.

—No hace falta tanto, yo con cualquier cosa me conformo.

—Para mi niño lo mejor.

—Está bien.

Veo como mi madre me prepara la comida y aprovecho para charlar un poco con mi padre en la mesa con una cerveza. Le doy un trago, porque la verdad es que estoy sediento por tanto calor.

—¿Cómo te va, Izan?

—La verdad es que me va muy bien, no me puedo quejar. Tengo un buen trabajo, un buen sueldo, tengo una buena casa, como ya sabéis y tengo salud y amigo. ¿Qué más puedo pedir?

—Una mujer, por ejemplo. Es hora de que pases página y que conozcas el amor de nuevo. Puede que hayas probado las amargas lágrimas de la traición de un amor truncado, pero no puedes

vivir toda la vida lamiendo tus heridas y lloriqueando por las esquinas.

—Papá, estoy conociendo a alguien. Se llama Penélope.

—¿En serio? —corre mi madre, que tiene un oído súper sónico y llega a la mesa aplaudiendo.

—Sí, mamá. Qué pronto vienes cuando te interesa.

—Pues claro. Y cuéntanos más de tu nueva amiguita.

—Ha empezado a trabajar conmigo y la verdad es que es perfecta. Puede que me haga olvidar a Lena y recomponga mi roto corazón.

—Ojalá, mi hijo, eso espero —me dice mi padre.

Paso el día con mis padres y eso me encanta. Soy bastante casero y para mí pasar tiempo con ellos es un regalo de la vida. Sé que algún día no los tendré, así que todo el tiempo que puedas disfrutarlos es un milagro.

Cuando llega el atardecer, me marcho a casa. Ha sido un día maravilloso, pero es hora de descansar, así que vuelvo a casa y tras cenar algo, ver la televisión y darme una ducha, me meto en la cama. Toca descansar.

Hoy la pobre Peni no ha dado pie con bola. Lo ha intentado, pero se la veía distraída, como si tuviera la cabeza en otro lado. No la culpo, estar al cien por cien es complicado, pero me preocupa.

No le pregunto, cuando esté preparada y si lo quiere, me lo contará. Tengo que dejarla allí practicando con las manos de la recepcionista del local porque tengo un masaje a domicilio.

Todo va como siempre hasta que la clienta, en su final feliz, quiere algo diferente, algo más fresco. Ya lo he probado más veces y la verdad es que no está mal aunque tampoco es que me encante.

Cuando quiero darme cuenta, estoy atado de pies y manos a una cama de roble y un látigo enrollado en mi pene. Clara, la chica con la que estoy, me exhibe como si fuera un trofeo. Como llegue su marido, la vamos a liar.

Nunca he estado con Clara, pero es bastante mona, mejor que alguna de las clientas habituales que tengo. La verdad es que la prefiero a otras, no nos vamos a engañar.

—Voy a por un vaso de agua y ahora vengo, no te muevas.

—Tampoco podría.

—Así me gusta guapo.

Clara se va a tomar ese vaso de agua y cuando vuelve, con él en la mano, su rostro se ha tornado oscuro. Vamos, que tiene una cara de mala leche que no puede con ella. La miro sin saber qué es lo que planea.

—Sabes, esta no es mi casa, es más, ni siquiera sé de quién es, solo me han dado las llaves. Me manda Lena, quiere que sepas que eres un puto y que le das asco. Que le jodiste la vida y que va a hacer tu vida un infierno.

—Pero, ¿qué coño? Suéltame ahora mismo.

—Adiós, Izan.

Y la muy perra se marcha dejándome así, en esta situación. ¿A qué viene esto? Le conté lo zorra que era a todo el pueblo, pero eso fue hace seis meses, no entiendo por qué busca venganza ahora. ¿Será porque me ha visto con Peni y ahora quiere joderme la vida al igual que yo dañé su reputación?

La verdad es que no jugué limpio, no nos vamos a engañar, pero tampoco ella cuando me engañó durante tanto tiempo. Fui el hazmerreír del pueblo, pero se la devolví porque la ira me consumió por completo.

No sé cómo voy a salir de aquí. Intento jugar con las esposas de tal manera que pueda llegar al teléfono móvil, que está en la mesita de noche de esa cama que, a saber, de quién es.

Me hago daño, más de lo que me gustaría reconocer, rasgando mi piel, sangrando, pero lo hago y consigo atraparlo entre mis dedos. ¿A quién llamo? Pocas personas saben a lo que me dedico más allá de los masajes. No puedo llamar a mi familia o a mis amistades, y entonces se me ocurre: llamaré a Peni.

Suerte que en la cena me dio su teléfono, porque sino lo tendría negro para salir de aquí, porque estas esposas deben de ser carcelarias o policiales, al menos, porque son irrompibles.

Selecciono su teléfono como puedo. Primer tono, nada. Segundo tono, nada. Tercer tono, nada. Cuarto tono, nada. Y en el último descuelga. Menos mal, pensé en perder ya la esperanza.

—Hola, perdona, que estaba depilándome las cejas. Dime, ¿qué cuentas?

—Necesito que me hagas un favor. Es urgente.

—Claro, dime.

—Estoy en la casa de una clienta, de las del final feliz.

—Lo siento, yo es que no soy de tríos.

—No es eso. Calla y escucha.

—Vale.

—La clienta era una amiga de mi exmujer y me ha atado a una cama de pies y manos con unas esposas. No puedo moverme, necesito que me ayudes a salir de aquí. Ni siquiera es su casa. Estoy en un pozo de desesperación. No te lo pediría si no fuera importante. Te necesito, estoy desesperado.

—Está bien, dime la dirección —le digo la dirección antes de que el móvil, por el sudor de las manos, se me resbale, cayendo al suelo.

—¿Peni? ¿Peni? ¿Peni? —y la verdad es que, si no fuera porque estoy en esta situación, me reiría por parecerme a Sheldon Cooper.

Pero nadie responde al otro lado de la línea. Me imagino que, al caer el móvil al suelo, la llamada se habrá colgado. Tomo aire y rezo a los dioses para que Peni se dé prisa. No quiero que los dueños de la casa regresen y me encuentren en esta tesitura.

¡Peni, te necesito, date prisa, por favor!





CAPÍTULO 7: NO ENTRES EN EL LABERINTO.

No me puedo creer lo que acaba de pasar. Si es que Izan no aprenderá. Ese segundo oficio suyo no es sano y al final lo llevará a la cárcel o mucho peor. Ahora tengo que ir a rescatarlo, como si es que acaso yo fuera un caballero andante. Bueno, una caballera.

Tomo un taxi hasta la dirección donde me ha indicado Izan. Cuando llego, la puerta de la entrada está abierta. Entro y lo busco en las salas inferiores, pero nada, así que subo las escaleras para llegar a la planta superior.

Entro en todas las estancias, y como si fuera una película, es en la última donde encuentro a un hombre desnudo, con el miembro como un cacahuete, atado de pies y manos tirando de sus amarres.

—Santo dios, Peni, menos mal que has venido. Estaba desesperado.

—Tengo que ver cómo voy a abrir esas esposas. ¿Crees que puede valer una horquilla de pelo? En las películas funciona.

—Es posible. ¿Tienes una?

—No, pero miraré en el baño de la casa. La otra opción no te va a gustar tanto.

—¿Cuál es?

—Cortarte las manos y los pies con un cuchillo, pero no creo que sea agradable, ni que escojas esa opción por voluntad propia.

—Sí, desde luego esa queda rechazada.

—Lo imaginaba.

Me encamino al baño de la casa, bueno, al de la planta de arriba, porque hay dos. En el de arriba no hay ninguna horquilla ni nada que se le parezca, así que me dirijo al baño de abajo.

Rebusco como si fuera una ladrona hasta que doy con lo que parece una horquilla rosa de niña que tiene pegada una figurita de Hello Kitty. Menos es nada. La cojo y le arranco la Hello Kitty, que me incomodará si tengo que hacer movimientos y palanca para poder abrir las esposas.

Vuelvo a la habitación donde se encuentra Izan y empiezo a usar mi magia, fingida, porque no tengo ni idea de cómo se hace esto, pero después de casi una hora y de desesperación completa del esposado, consigo abrir una. Toma ya, punto para Penélope.

—Ahora solo te quedan tres, o sea tres horas. Bueno, si me quitas la de la otra mano, creo que puedo abrir yo con la horquilla la de los pies.

—Sí, mejor.

—Por cierto, cómo ha ido en el local.

—Bien. Aproveché par practicar, me hice las uñas y el bigote con las pinzas y me pinté las uñas.

—Vaya, mucho trabajo —pone los ojos en blanco.

—Es que mi maestro estaba demasiado ocupado dándole a la zambomba con una que lo ha dejado esposado en vez de ayudarme.

—Jajá, muy graciosa. Anda, suéltame la otra mano, que quiero salir de esta maldita casa de locos.

Hago lo que me pide y me concentro en liberarlo de su calvario particular. Ahora que sé qué movimientos tengo que hacer para abrir el candado. Media hora después lo consigo. Con la maña de la primera vez he conseguido reducir el tiempo a la mitad.

Llamo a un taxi cuando el gigoló ha sido liberado y nos vamos directos a mi casa. La jornada laboral de ambos ha terminado, este era su último encargo, por decirlo así. Entramos en mi casa tras pagar la carrera y le doy una de mis camisetas unisex y unos pantalones de deporte, también unisex.

Después, una vez aseado, salimos al jardín. Preparo unos cócteles, especialidad de estas manos que mi madre me ha dado, y los coloco en la mesa frente a mi casa, antes de sentarme con Izan.

—Así que haciendo brebajes a mis espaldas y sin invitarme. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

—Mamá, no seas melodramática.

—¿Queréis que os cante un poco?

—No, gracias —le digo.

—Pues a mí sí que me gustaría oírla. Seguro que canta como los ángeles —le dice Izan y yo le doy una patada por debajo de la mesa. Él sabe que mi madre es como un grillo cantando, lo sabe desde el día de la boda, cuando enterramos su micro.

—Pues allá voy.

Y empieza a berrear como un niño con cólicos que no puede dejar de llorar ni puedes aliviar su dolor porque debe sacarlo él solo. De esos que al principio no sabes qué le pasa y te arrancas los pelos porque ya no sabes qué hacer para ayudar.

Pues creo que el berreo del niño sonaría como el canto de un ángel en comparación con lo que estamos escuchando ahora mismo. Izan le sonrío, pero sé que es una sonrisa falsa y que solo quiere que acabe esta tortura.

Me bebo toda la copa de un trago y aguanto estoicamente hasta que mi madre acaba con su versión particular de *Olvidame y pega la vuelta* de Pimpinela. Los hermanos se estarían revolviendo en las sillas donde nosotros nos encontramos si la escucharan.

Izan aplaude a mi madre y esta se siente orgullosa, con su pecho hinchado. No sé qué hacer, si irme, vomitar o taponar mis oídos con algodones, pero simplemente le sonrío a mi madre para que se sienta bien.

Sé que no soy su hija preferida, lo es Sandra, pero no me importa, estoy acostumbrada a ser la segundona, así que no me molesta. Antes sí, pero el corazón se acaba endureciendo, yo lo sé bien.

Mamá se marcha tras desearnos una buena tarde e Izan y yo nos quedamos solos. Tiene unos ojos preciosos, y me pierdo en ellos, como si navegara y me dejara llevar por la corriente.

—¿Qué te parece si este fin de semana nos vamos a un bungalow cerca de la playa? Ambos necesitamos desconectar de todo y creo que sería un buen plan. Como a ambos nos gusta la playa y el sol. Es un buen plan, ¿no?

—Me parece un plan perfecto, pero nada de esposas ni masajes con final feliz, ¿prometido?

Prometido.

Estoy metiendo las maletas, sí, en plural, porque, aunque es solo un fin de semana hasta que estar monísima de la muerte. La semana en la sala de masajes ha sido de lo más productiva y ha aprendido cosas que no sabía ni que se podía hacer.

Ahora, con todas las cosas lista y después de darle un beso a cada oca en la cabeza, me acerco

a mi coche y me subo al asiento de piloto mientras que Izan me espera en el de copiloto.

—Recuerda que yo no sé dónde es. Vas a tener que guiarme. Si es una sorpresa, es una sorpresa todo, hasta el camino.

—No te preocupes, he programado el GPS mientras acababas de organizarlo todo.

—Qué eficiente.

—Hombre... ¿Qué esperabas, preciosa?

Y así ponemos rumbo a yo qué sé dónde para pasar un fin de semana de relajación donde volver a recargar pilas para lo que se avecina la semana que viene, que tiene pinta que va a estar cargadita.

Voy siguiendo las directrices que me va indicando el bicho este con voz inaguantable que me raya como una condenada. Casi dos horas después llegamos a nuestro destino y la verdad es que el largo trayecto y la espera ha merecido la pena.

Aparcamos en el estacionamiento del camping y veo un montón de pequeños bungalow muy cucos donde descansan margaritas sobre la mesa, las cortinas esconden besos robados y la piscina es un remanso de paz.

No hay niños llorones que corretean por los bordes, ni perros que ladren por el lugar, tampoco insectos que piquen por doquier ni molesta música que rompa este halo de paz. Es simplemente el paraíso.

Miro a Izan sin poder creérmelo y él, simplemente me sonrío, acaricia mi rostro y me roba un beso fugaz. Y entonces entiendo que es por estas pequeñas cosas de la vida por las que merece la pena vivir y ser feliz.

Descargamos las maletas en la casita de madera que nos dan y limpiamos todo el interior bien, dejando ambientadores en todas las habitaciones. Yo es que para eso soy bastante maniática.

Cuando ya está todo listo, nos ponemos el bañador, en mi caso el bikini, y nos vamos de cabeza a la piscina del lugar. Hace un calor veraniego asfixiante y solo deseamos sumergirnos en el agua fresca de la piscina.

Entre daiquiris se pasan las horas. Chapuzón tras chapuzón, ambos nos vamos acercando, jugando al peligroso juego de la tentación. Ahora, dentro del agua, sus manos atrapan mi cintura y nos quedamos el uno frente al otro.

—Tienes unas curvas envidiables, que tientan hasta al mismo diablo.

—Me alegra que te gusten.

—Tú me gustas, pero no te lo creas mucho.

—Y tú a mí, pero tampoco te lo creas mucho.

—¿Y por qué no lo intentamos? —me dice Izan.

—Porque ni yo soy fácil, ni tú puro. No saldría bien.

—Hagamos un trato. Veamos cómo va este fin de semana y si vemos que las cosas fluyen, nos conoceremos de verdad, sin escudos ni frenos. Solo siendo tú y yo.

Y yo solo asiento a lo que dice. La verdad es que me parece buen plan, aunque claro, está el hecho de que, si queremos conocernos, pero sigue viendo a mujeres y acostándose con ellas, aunque sea por trabajo, esto no va a funcionar.

—Izan, no puedo estar contigo si sigues estando con otras mujeres, creo que es más que lógico.

—Lo entiendo. No te preocupes. Se acabaron los masajes con final feliz, te lo prometo. No quiero que eso interfiera entre nosotros, pero debes saber que ahora solo seré un triste mileurista.

Mejor eso que no poder estar con nadie jamás, ¿no crees?

—Sí, y es un precio que pagaré con gusto.

Genial.

Y entonces soy yo quien lo tomo del rostro y beso sus labios con una ternura que ni yo creía que tenía. Él responde a mi beso mientras me pega más y más a su cuerpo, notando cada centímetro de tu piel.

Y así acabamos, cubiertos por el agua de la piscina, solos, cubriendo los labios propios con los ajenos y dispuestos a comernos el mundo estero si estamos en las manos del otro.

Cenamos en el restaurante del lugar, ya que Izan ha reservado pensión completa. Se trata de un bufet libre, y todos sabemos lo que significa bufet libre: comer hasta reventar. Y eso hacemos.

Y llega la hora de las copas mientras que la música invade la zona. Me bebo un par de mojitos e Izan se levanta y me toma de la mano para que salgamos a bailar. Le cojo la mano y me levanto antes de que salgamos al medio de la pista para mover el esqueleto.

La música de The Cure, *Close To Me*, envuelve nuestros cuerpos, que se mueven al son. La verdad es que, aunque voy un poco piripi, me lo estoy pasando en grande. Tomo las solapas de su camisa y lo llevo a donde deseo, contoneando bien las caderas para incitarlo.

—Peni, si sigues provocándome, no podré parar, y lo sabes.

—¿Quién ha dicho que yo quiera parar?

—Chica lista —me dice dándome la vuelta en medio del baile y mordéndome el cuello.

Pego un salto por la impresión antes de ponerme a reír por lo tonta que he sido. Él aprovecha y me cosquillea entera. Lo tomo del brazo y me lo llevo de vuelta al bungalow. La verdad es que ambos hemos bebido bastante, y no quiero parecer la niña del exorcista, vomitando hasta la extenuación.

Así que es mejor volver dentro, que, al menos, si lo hago que nadie más me vea. Y eso hacemos, pero antes de que lleguemos a la puerta, me gira, chocándome con su pecho y empezamos a besarnos como si no hubiera un mañana.

Rodeo su cintura con mis piernas y sus manos se deshacen de mi ropa justo antes de entrar en la pequeña casa de madera. Rompo su camiseta, haciendo que los botones salgan disparados por doquier.

Muerdo su labio inferior mientras le quito el cinturón y después el botón del pantalón antes de bajar la cremallera. Los pantalones caen al suelo en tanto Izan rompe mis bragas y se deshace de mi sujetador.

No pasa mucho tiempo antes de que caigamos los dos, como dos pesos muertos, sobre el colchón de la habitación principal. Acaricio su pelo y enredo mis dedos en él sin dejar de besarlo con ansia.

Hacemos el amor de una manera fuera de lo normal, como nunca lo había hecho antes. Experimento sensaciones que pensé que no existían y deseos que pensé que en mi cuerpo se habían apagado.

Entre jadeos, caemos rendidos uno al lado del otro y nos miramos sonriendo antes de soltar alguna que otra carcajada. La verdad es que no ha estado nada mal para el príncipe de los finales felices.

—¿Así es como se lo haces a las mujeres que te lo piden en el trabajo?

—No, así es como se lo hago a las mujeres con las que quiero estar fuera del trabajo, a las que

quiero conocer.

—Me alegro ser especial en ese sentido.

—Eres especial en todos los sentidos.

No decimos nada más, simplemente cerramos los ojos y nos dejamos llevar por Morfeo, que aparece con su melodía particular para arrastrarnos a su mundo, donde todo es posible.

Hoy tenemos una excursión programada por la mañana. En cuanto nos hemos levantado, sin hablar de lo ocurrido anoche, hemos desayunado en el restaurante del lugar y nos hemos preparado las mochilas de senderismo antes de ponernos los chándales.

Subimos al autobús que nos va a llegar al supuesto castillo. Miro a Izan y se le ve radiante, parece que lo que pasó anoche lo ha rejuvenecido por momentos. Sonríe y es entonces cuando él me mira a mí y nuestros ojos se encuentran.

—Lo de anoche fue maravilloso, Penélope.

—Sí, la verdad es que traspasamos esa línea de la amistad que nos habíamos marcado, pero no me arrepiento.

—Ni yo —me dice antes de besarme.

—Me parece que a partir de hoy te voy a apodar muerde pezones.

—Anda, cállate o al final nos van a oír.

—Estás bien.

Tras media hora de camino, llegamos al castillo. Nunca había visto un terreno tan grande ni un edificio más majestuoso. Bajamos del autobús y ya me muero de ganas de entrar y visitar los interiores.

La guía inicia su particular historia de la zona y sobre todo del castillo y de los que allí vivían, pero yo ya me he enamorado de algo que allí reside y no puedo pensar en otra cosa, ni siquiera escucho.

Me separo del grupo medio abducida y me dirijo hasta donde me siento atraída. Frente a mí se encuentra un gran laberinto, de esos que salen en las películas Disney. Los adoro. Quiero pasearme por ellos y sentir como esas paredes florales me envuelven.

Voy a entrar y quién sabe, puede que cuando llegue al núcleo del laberinto encuentre un tesoro, un gran secreto o incluso un minotauro. Por pedir que no quede. Yo es que soy mucho de fantasía.

Me despido de Izan, ante la cara de sorpresa de este y me adentro en el lugar, siguiendo por los diferentes caminos que se me presentan. Quiero llegar al final. Voy a llegar al final.

Pasan los minutos bajo el sol abrasador, y aunque le he enviado un email a Izan para que no se preocupe y siga con la excursión, que este es un sueño de la infancia que tengo que cumplir, no se queda del todo convencido.

Cuando ya llevo casi una hora dando vueltas sin encontrar el centro o la salida, decido que ya es hora de pedir ayuda a Izan para poder salir de aquí, aunque sea sin dignidad. Si ya sabía yo que no era buena idea y que al final oiría el: ya te lo dije.

Pero es que quería sentirme como esas princesas de historias infantiles que se pierden en los laberintos y acaban encontrando algo crucial para su destino. ¿Y si lo crucial para mi destino es que Izan me rescate en todos los sentidos?

Espero que vaya soltando miguitas de pan si pretende que salgamos vivos de aquí y no calcinados o achicharrados por este sol veraniego que ha salido del mismo averno. Si es que, quién me mandaría a mí...

Me siento en el suelo y me quito la camiseta para ponérmela en la cabeza, apoyando mi espalda a la pared de musgo para no quemármela con el sol y le mando un mensaje a Izan para que

venga a buscarme.

No tarda mucho en llegar a mi posición y sonrío al verlo, como si fuera un rayo de sol al final de un túnel de oscuridad.

—Vaya, parece que he llegado al final del laberinto, porque he encontrado el tesoro que escondía —me pongo la camiseta sin dejar de sonreír y corro a abrazarlo y besarlo.

—Gracias por venir a por mí, Izan.

—Por ti iría al mismísimo infierno.

Y entonces lo beso con un deseo apenas contenido, demostrándole todo lo que siento por él, cómo le agradezco que haya venido a por mí, aunque no tenía por qué, y me doy cuenta de que lo quiero, sí, como se oye, lo quiero.

Nunca pensé que diría eso y menos en voz alta, pero lo he hecho y no me arrepiento. Salimos del laberinto, sobre todo porque Izan, que parece haberse levantado más avispado que yo, se ha descargado el mapa del laberinto, que está en internet.

Tras agradecerle que me haya salvado, de nuevo, vamos a visitar el castillo. Sin duda, lo mejor del castillo era el laberinto, porque el interior era más bien cutrillo. Y lo peor de todo, una de las visitas del castillo es al laberinto.

Si hubiese tenido paciencia y me hubiese esperado un poco, podría haberlo visto igual, pero sin perderme. Es lo que tiene el ansia, que te hace que hagas las cosas sin pensar y después pasa lo que pasa.

Hemos vuelto a mediodía al camping y hemos comido en el buffét del lugar. Tras hablar, hemos decidido que esta tarde iremos a la playa. Hace calor y necesitamos refrescarnos. Ya hemos catado la playa, toca catar la playa.

Nos preparamos y en un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos en la playa, bajo la sombrilla y tumbados en la toalla. Saco las gafas de sol y me las pongo antes de desprenderme de la ropa y quedarme con el bikini, que se encuentra debajo.

—¿Te echo la crema?

—¿Por dónde me la vas a echar?

—Por donde me dejes.

—Te salva que estamos en un lugar público y tenemos que comportarnos. Además, hay niños.

—Lástima.

Me tumbo boca abajo para que me eche crema en la espalda y yo me echo en el resto del cuerpo. Después, se la pongo yo y lo masajeo un poco para que vea que voy progresando adecuadamente, como en la escuela.

No pasa mucho tiempo hasta que nos metemos en el agua, dejando las cosas cubiertas y poniendo un ojo en ellas, por si las moscas. Izan me toma de la mano y juntos viajamos hasta las profundidades.

—Me encantaría bucear para poder ver la naturaleza bajo el mar.

—Y ¿por qué no lo hacemos?

—¡Hagámoslo! —grito e Izan sonrío ladino.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

Salimos del agua y nos vamos directos a la caseta. Un hombre con más panza que Santa Claus, nos pide los datos antes de ofrecernos neoprenos de nuestra talla y gafas con tubos de buceo.

Nos cobra dos cientos euros y nos pide que acompañemos a su hijo. El chaval no debe pasar ni los veinte años, pero si nos va a enseñar es porque sabe, ¿no?





CAPÍTULO 8: PATO AL AGUA.

El plan que ha propuesto Penélope es de lo más apetecible. La verdad es que me apetece mucho. Es más, iba a proponérselo yo, pero parece que se me ha adelantado. Por supuesto, pienso invitarla yo, nada más faltaría.

Cogemos las cosas de la playa y nos vamos directos a la caseta de buceo. Alquilamos, pagamos y dejamos nuestras cosas en unas taquillas antes de vestirnos con los trajes de buceo y caminamos hacia la orilla junto con el chico del dueño.

Entramos en el mar y cuando estamos a la altura que nos indican, podemos bajar, aunque no a gran profundidad, sino a la que los tubos nos permiten. Lo hacemos siguiendo las indicaciones del guía y lo que se muestra ante nosotros es precioso.

Los corales nos rodean con ese color tan característico que incita a los peces a camuflarse entre ellos y bailar al son de las olas del mar, acariciando las rojizas algas que se trenzan entre ellas.

Los peces grisáceos acarician nuestras manos y los cangrejos nos saludan saliendo de su agujero y castañeando con las pinzas al son de la Macarena. Sonríó mirando a Peni, que está disfrutando como una niña pequeña.

Acariciamos peces, algún que otro pulpo, disfrutamos de unas vistas que jamás creímos posibles de ver, esto sí que es magia, como lo que Penélope y yo tenemos.

Entrelazamos nuestros dedos y sé que quiero estar con ella, pasarme los días atrapado en sus ojos, respirando su aliento, sintiendo cada caricia como si fuera la última, acariciando cada poro de su piel...

Y entonces, mientras mi ensoñación se adueña de mí, veo como Peni se zarandea sujetándose la pierna. Mierda, joder, mierda, joder. La acerco a mí y le arranco como puedo la medusa de la pierna, que se le ha enrollado como un tronista a su trono.

La tumbo en la orilla de la playa y miro el estado de su pierna. Sé que hay dos maneras de calmar la picadura de una medusa, pero no sé si van a gustarle que le vierta en la zona alcohol a saco.

Lo mejor sería de momento limpiar la zona con agua del mar, nunca dulce, y caminar hasta el puesto sanitario más cercano o una ambulancia y le den algún corticoide, sino le va a doler y no va a ser bonito.

Me la llevaré esta noche a cenar a ver si así puede olvidarse, aunque sea por un momento, lo que le ha ocurrido. ¿Por qué el maldito neopreno no era de pierna entera? ¿Por qué era un pantalón pirata?

La tomo en brazos una vez que le he limpiado la herida y ahora es cuando el chaval que supuestamente era nuestro guía se da cuenta de que no estamos con él y sale del agua, pero no tenemos tiempo que perder.

Busco al socorrista de la playa y cuando lo encuentro, con Penélope aún en brazos, le explico lo ocurrido. Por suerte, en su pequeña caseta tiene medicamentos para calmar el dolor.

Ella se los toma sin rechistar, me imagino que es la primera interesada en que acabe su

sufrimiento. Y yo me siento muy mal por ella, ojalá me hubiese cogido a mí y no a ella. Verla sufrir me mata.

—No te preocupes, estoy bien.

—Yo que quería engancharme a ti y al final se me han adelantado.

—Todavía me queda la otra pierna —me guiña el ojo.

—Eres muy provocadora.

—¿Y eso te gusta?

—No sabes tú cuánto.

—¿Qué te parece si volvemos a casa? Estoy algo cansada y dolorida.

—Por supuesto. Nos cambiamos y nos vamos, ¿te parece? Yo te ayudaré.

—Gracias, Izan.

—No, gracias a ti, aunque siento que te encuentres en esta situación.

—No te sientas culpable, la naturaleza es caprichosa y se agarra a quien le apetece. Me ha visto más apetecible que tú, se siente. Ya puedes bajar tu ego.

Y me río, porque no es posible ser más bonita y provocadora. Y eso me encanta, ella me encanta al completo, no tiene ningún defecto y si lo tiene no me importa, porque yo la quiero tal y como es.

Caminamos despacio, porque ella va medio coja, hasta que llegamos al bungalow y la ayudo a tumbarse en la cama. Aprovecho para encargarme unas pizzas y algo de beber antes de volver a la habitación y darme una ducha.

Penélope se ha quedado dormida. Aprovecho para besarla en silencio mientras le quito la ropa, no quiero hacerle nada, sobre todo si no lo desea o no lo puede recordar, simplemente quiero asarla.

La desnudo despacio. Parece que la medicación la ha dejado ko. Cuando consigo deshacerme de todo lo que lleva puesto, lo aparto a un lado de la sala. Tomo una toalla empapada y me dedico a limpiarla con esmero.

No quiero que quede un solo grano de arena en su cuerpo, quiero que esté lo más limpia y cómoda posible para que su paz sea completa.

Me visto con un chándal y salgo en busca de la cena tras vestir con ropa limpia a Peni. Está tan bonita durmiendo así de relajada. Parece un ángel. No parece, lo es, un ángel, mi ángel.

Voy en busca de las pizzas y cuando vuelvo las dejo encima de la mesa antes de ir a la habitación. Me siento al lado de la cama, cogiendo la mano de mi princesa y beso sus labios con la mayor ternura que es posible.

Sigo besándola como si me fuera la vida en ello, con una dulzura con la que nunca he besado a nadie y cuando creo que jamás va a despertarse, abre los ojos como si fueran dos rendijas y sus preciosos ojos me saludan.

—Buenos días, dormilona.

—Hola, precioso. ¿Eso que huelo es pizza?

—Sí, me he tomado la libertad de pedir la cena. Me imaginé que tenías hambre. Iba a invitarte a cenar para que olvidaras un poco lo ocurrido esta tarde, pero cuando te he visto dormida, he considerado que es mejor tomar algo aquí, ¿no te parece?

—Es un plan genial. Gracias.

—Por ti, lo que sea.

La ayudo a levantarse y ambos nos sentamos en la mesa. Saco un par de vasos de uno de los muebles y unas servilletas antes de sentarme con ella en la mesa. Las pizzas están cortadas, así

que lo facilita mucho todo.

En un abrir y cerrar de ojos la pizza desaparece y con ella empieza a aparecer en ambos unas incipientes barrigas. La verdad es que estamos más llenos que unos pavos en Navidad. Nos ponemos la televisión, tumbados en la cama.

—¿Ponemos una película? —pregunto a mi ángel.

—La verdad es que prefiero otra cosa.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero que me hagas el amor sin alcohol de por medio, que sienta cada caricia tuya como si un pétalo cayera por mi cuerpo, que tus jadeos calmen mis gemidos, que sus labios den de beber a los míos y que tu aliento me dé de respirar. Solo quiero sentir tus manos en mi piel, que me quemara cuando te alejas. ¿Lo entiendes?

No le contesto, solo dejo que mis manos la desnuden tal y como minutos antes la habían vestido. La beso sin decir nada, sobran las palabras en este momento entre nosotros, y ambos lo sabemos.

Nuestras manos se entrelazan al tiempo que poco mi cuerpo sobre el suyo, ahora ya ambos desnudos, y acaricio con mi lengua la comisura de sus labios, resiguiendo límite de esos rosados bocados de placer.

Mi lengua recorre sus senos y se deleita con ellos mientras Penélope se retuerce de placer como una lagartija bajo mi cuerpo, que aprovecho para pegar más a ese si es que eso es posible.

—Te quiero —le susurro al oído y ni siquiera me he dado cuenta de que lo he dicho en voz alta, solo en mi cabeza.

—Y yo a ti —me responde y yo sonrío.

Entro en ella despacio, y me quedo dentro, sin moverme, para que me sienta dentro de ella y yo pueda sentir como me acoge y sus paredes me estrangulan de placer.

Hacemos el amor, pero no de la manera burda que muchos pueden hacerlo, sino de un modo casi ancestral, como si nuestras almas se conectaran al unísono y solo sintiéramos la magia envolviendo nuestros cuerpos.

Hicimos el amor durante horas y cuando no nos quedaba ni un solo aliento antes de desfallecer, gemimos como dos enamorados mientras compartíamos el elixir del éxtasis, que se entremezcló impregnando las paredes con el sexo más puro que jamás ha existido.

Hoy tenemos que volver al mundo real. No queremos hacerlo, pero es lo que hay, tras comer, deberemos volver a casa porque mañana tenemos que ir a trabajar, y tengo que hacer saber a cada una de mis clientas especiales que no volveré a hacer masajes con final feliz, porque el único final feliz que me interesa es el mío con Penélope.

Nos pasamos la mañana en la piscina, lejos de medusas o de cualquier animal que quiera jugarnos una mala pasada. Tomamos el sol y disfrutamos de lo lindo en la piscina del lugar.

La verdad es que el agua está a una temperatura perfecta, no hay apenas gente y la pierna de Peni está mucho mejor. Todo es perfecto. Ella es perfecta. Lo nuestro es perfecto.

Veo como se mete en el agua sonriéndome traviesa a sabiendas que yo acabo de salirme, lo hace para provocarme y soy consciente de ello. Y entonces ocurre, se hunde poco a poco hasta el fondo de la piscina. ¿Pero no sabía nadar? ¿En la playa sí y en la piscina no?

Quizá es que le ha dado un calambre o le duele tanto la pierna herida que no puede subir a la superficie. Salto en su busca y la tomo de la cintura para sacarla a la superficie. La tumbo fuera de la piscina y empiezo a hacerle el boca a boca como me enseñaron en el curso de primeros auxilios.

Empieza a reírse y me roba un beso. Es mala no, lo siguiente, es un lobo con piel de cordero y estoy seguro de que me va a volver loco, más de lo que ya me vuelve, claro está.

—¿Te apetece un mojito, diablesa?

—Me encantaría, la verdad es que estoy sedienta —me dice levantándose como si tal cosa y tumbándose en la hamaca, mientras toma el sol para secarse.

—Perfecto, pues marchando n par de mojitos para la señorita y para mí —le digo saliendo del agua y secándome un poco con la toalla antes de coger la cartera y encaminarme hasta el bar del lugar.

Con este calor, ¿a quién no le apetecería un trago?





CAPÍTULO 9: EVITA CAER EN LA CÁRCEL.

Veo cómo Izan se aleja para ir a buscar unas bebidas. La verdad es que hace un calor sofocante. Me coloco la pamelita y las gafas de sol para seguir bronceándome, pero alguien se coloca en la hamaca de Izan.

—Disculpa, está ocupada.

—Solo será un momento, morena —me quito las gafas de sol y la miro de arriba abajo. ¿Quién es?

—¿Quién eres y qué quieres?

—Soy Lena, la exmujer de Izan.

Me siento al momento, como si tuviera un resorte en el culo. ¿Qué coño hace ella aquí? Y, sobre todo, ¿qué demonios quiere? Espero que solo quiera broncearse y se marche, porque, la verdad, es algo incómodo.

—Tranquila, no te haré perder mucho tiempo. Solo quería comentarte que yo también estuve en tu lugar, También me hizo sentir especial, como la mujer más maravillosa del mundo. Me prometió que dejaría su trabajo especial para honrarme solo a mí y que no me sintiera una más de sus conquistas, pero no fue así. Al principio, tonta de mí, me lo creía y vivía en mi falsa ignorancia, pero cuando empecé a sospechar, contraté a un detective. Me costó mucho dinero, más de lo que te imaginas, pero lo pille de boca a boca y me hice un álbum con las fotos de sus amigos especiales.

—Y ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque no tengo nada contra ti y no quiero que jueguen más con nosotras.

—Te lo agradezco —es lo único que digo. Ella asiente y se marcha por donde ha venido.

Me quedo sin saber bien qué pensar. Habrá venido a meter mierda y fastidiar lo que tenemos o lo que estamos empezando o realmente pasó lo que me está contando. No quiero que me rompan el corazón.

Además, le dejé muy claro que, si estuviéramos juntos, no podría estar con alguien que se dedicara a eso. Y si, estando juntos, vuelve a las andadas o nunca lo deja, no sé si voy a poder recomponer mi corazón.

Izan no tarda en volver con dos copas en la mano, pero al verme la cara sabe que algo no va bien. Deja las copas en el suelo y se sienta antes de mirarme a la cara. Se lo ve preocupado, y debería estarlo.

—¿Qué te pasa, Peni? ¿Te duele la pierna?

—No, me duele el corazón.

—¿Vamos al hospital? —pregunta preocupado.

—No es eso. Lena está aquí y hemos estado hablando. Me ha contado cosas muy interesantes.

—Maldita zorra. ¿Qué es lo que te ha contado?

—Que cuando estabas con ella, todo era perfecto, como lo que tenemos tú y yo, pero que en realidad era toda una tapadera, que seguías con tus masajes especiales incluso estando con ella.

Que te pilló porque contrató a un detective privado y te pilló in fraganti varias veces.

—Eso no es del todo cierto.

—Pero hay verdad en lo que me ha dicho.

—Sí, pero no es lo que imaginas.

—Expílicate.

—Sí que es verdad que nuestros inicios fueron preciosos, pero ni por asomo como el nuestro.

—Eso se lo dirás a todas.

—No. Deja que te explique.

—Habla.

—Todo iba bien, y yo no hacía masajes especiales, como te ha dicho ella. Solo era masajista, nada más. Éramos jóvenes y no teníamos dónde caernos muertos. Ella se quedó embarazada y no queríamos que nuestro hijo o hija naciera en una pareja disfuncional y cocainómana. Hice lo que hice para conseguir el dinero para el aborto y para unos chutes, no te lo negaré, pero solo fueron tres veces y ella consintió. Lo del investigador privado es mentira. Ella lo sabía desde el primer momento. Eso es todo. No quería que supieras de mi oscuro pasado, porque ya he pasado página. Estoy limpio y no creas que no me ha costado, pero ella me metió en ese mundo y desde que la dejé todo ha ido mejor. Ahora estoy de puta madre y eso le jode, por eso quiere separarnos. Tiene envidia y unida con la obsesión y las drogas se crea un cóctel molotov que puede explotar en cualquier momento.

—Debiste decírmelo, sobre todo porque creo que me lo merezco, y eso es lo que más me duele, que me hayas ocultado algo tan grave, porque debo saberlo por si vuelves a caer.

—No caeré, te lo prometo.

—Esa no es la cuestión, una adicción es una adicción y a veces en el pulso contra las promesas, estas últimas pierden.

—Supongo que el tiempo me dará la razón si me dejas demostrártelo. Pero recuerda que todos tenemos derecho a tener un pasado y no ser juzgados por este.

—Necesito un momento.

La verdad es que no me apetece continuar con esta conversación, simplemente cojo mis cosas y me voy al bungalow mientras, por la música ambiente de los altavoces del camping suena una canción que parece augurar el principio del fin.

Camilo con su canción *El mismo aire* lo envuelve todo y cada estrofa es una puñalada que va directa a mi corazón. Esa letra que me rasga las entrañas, que hace que cada vez que trago, sienta cuchillas en mi garganta.

Si quieres bota mis cuadernos
Si quieres borra hasta mi número del celular
Si quieres prende con mis cartas
Una fogata a ver si logras calentar
Lo que no pude con mis besos
Y los abrazos que nunca te supe dar
Pasamos de decir, te amo
A no poder decirnos, hola, ¿cómo estás?
Tú y yo
Pasamos de ser todo a nada

De comernos con la mirada
Y ahora estamos frente a frente
Y ni siquiera puedes mirarme a la cara
Vivíamos de boca a boca
Los labios no querían soltarse
Y ahora aquí en el mismo cuarto
No podemos respirar el mismo aire Llévate el tapete
Llévate mi vida que agarraste de juguete
Llévate ese par de anillos que nos comprometen
Y aunque no quiera perderte
Te diría, vete, pero el que se va soy yo Y cuando me vaya me llevo el reloj
Pa' llevarme el tiempo que pasé...

Me tumbo en la cama y simplemente dejo correr las lágrimas por mis mejillas. Todo era tan perfecto y se ha resquebrajado como un vaso al caer al suelo, se ha roto la burbuja que había a nuestro alrededor y nos ha explotado en la cara.

Y solo dejo que el sueño me lleve, la verdad es que no me hace nada bien quedarme despiertas, porque no dejo de darle vueltas, es mejor que me duerma y que me deje llevar a los mundos de fantasía que esconde mi subconsciente.

Me despierto al escuchar un poco de alboroto en la zona del comedor del bungalow. Me asomo y veo a Izan haciendo las maletas. Cojo el teléfono móvil para mirar la hora y veo que son más de las seis de la tarde. He dormido más de lo que pretendía.

Entro en la habitación para preparar mis maletas y cuando salgo veo que su semblante está serio. Mira mis maletas y simplemente asiente.

—Es hora de marcharse, Penélope, ya nos echan de aquí.

—Vale —cojo las maletas, ahora que está todo recogido y nos encaminamos juntos hasta el coche.

Izan deja las maletas en el suelo para que las vaya cargando en mi coche mientras él va a pagar la estancia y entregar las llaves del bungalow. Yo lo recojo todo y hago el Tetris en el maletero antes de subirme en el asiento del piloto.

Me acerco a la caseta de entrada, donde lo veo recogiendo unos papeles antes de salir y subirse en el asiento del copiloto. Pongo el GPS con mi dirección y el aire acondicionado para no cocernos.

La música es nuestra compañera de viaje, ya que a penas hablamos a la vuelta. No es que estemos molestos el uno con el otro, y menos él conmigo, porque no he hecho nada malo. Creo que estás más enfadado consigo mismo que otra cosa, por lo poco que lo voy conociendo, lo que se deja conocer, vamos.

Dos horas y pico después, caravana incluida, llegamos a mi casa y descargo mis maletas. Mis padres no están, me imagino que se habrán ido a navegar con el velero, que lo hacen cuando pueden.

Tenemos la casa para nosotros solos, pero la verdad es que lo que me apetece es que hablemos, no me apetece intimidad, no me apetece besos, no me apetece caricias ni bromas, solo arreglar de una puñetera vez esta tensa situación.

—Izan, me gustaría hablar contigo un momento. ¿Podrías entrar en casa?

—Claro.

Me sigue y, aunque no sé muy bien por dónde empezar, nos pongo un par de vasos de agua fría, basta de alcohol por este fin de semana, y nos sentamos bajo la sombra del pino, sí, como la canción.

Chip y Chop, que nos oyen, se vienen a saludar. Vienen directos a mí y se friegan contra mí dándome mimos. Son tan bonitas que es que me las comería a besos, aunque ellas son más de caricias. Beso sus coronillas.

Cuando ven a Izan, se ponen a la defensiva, y aunque trato de detenerlas, se acercan sin piedad y le pican en la espalda y cabeza lo justo para molestar, pero sin dañar. Yo no puedo evitar reírme.

—Tardan en coger cariño, pero cuando lo hacen, son pegajosas hasta decir basta.

—Eso espero. Dime, ¿qué quieres comentarme, Peni?

—Tenías razón cuando me dijiste que no se puede juzgar a una persona por lo que hizo en el pasado, así que me gustaría pasar página y olvidar el pasado.

—¿Eso me incluye a mí? ¿Significa que quieres pasar página y olvidarte de mí?

—No podría borrarte de mi vida, trabajo contigo.

—Ya sabes a lo que me refiero, no te hagas la tonta.

—No, lo que quiero decir es que quiero que volvamos a empezar, sin mentiras, sin ocultar nada y sobre todo sin masajes con final feliz. Si queremos que funcione, necesito que dejes de ver a tus clientas de manera más íntima.

—Hoy, cuando te fuiste al bungalow y te quedaste dormida, yo aproveché para hablar por teléfono con ese tipo de clientas y les he informado que estoy fuera del mercado y que, a partir de ahora, lo único que tendrán de mí serán masajes convencionales.

—¿Y si yo te hubiera dicho que no quería volver a verte? Hubieses perdido tus succulentos beneficios.

—Me arriesgué porque me importa más perderte a ti que perder todo el dinero que pueda ganar con el sexo.

—¿Me puedes resolver una duda?

—Claro.

—¿Por qué seguiste con los finales felices cuando te desenganchaste?

—Porque ganaba el cuádruple y como no tenía pareja, supongo que me hice un buen colchón, no sé si me entiendes.

—Entiendo.

—¿Quieres que me marche o que me quede?

—Quédate.

Y nos quedamos mirándonos, en silencio, porque nuestros ojos hablan por nuestros labios, y es entonces cuando Chop se me pone en las piernas y se acuesta. Abro la boca sorprendida, al final le han cogido cariño, bueno, al menos una de ellas.

Me levanto y le quito a Chop de las piernas de Izan antes de tenderle la mano, que no duda en tomar para levantarse. Lo llevo dentro de casa, sobre todo porque hace un calor asfixiante que ni siquiera el agua fría ha logrado paliar.

—¿Qué te parece si hoy empezamos a escribir esa nueva página?

—Me parece lo mejor que he podido escuchar en la vida.





CAPÍTULO 10: CON C DE CALAVERA.

Hemos entrado en la habitación de Peni, pero no nos hemos tocado. Tenemos que hacer las cosas bien, no ir a la desesperada. Nos preparamos una ensalada para cenar con unas tostaditas de paté de pato.

No tenemos mucha hambre y después de lo ocurrido hoy, a ambos se nos ha cerrado el estómago. Tomamos algo de fruta y nos tumbamos en la cama para ver alguna cosa en la televisión.

La abrazo, porque no soporto sentirla lejos. Ella solo sonríe mientras sigue mirando la televisión. Beso su cuello y siento como su respiración se acelera, pero no iré más allá, es lo mejor para los dos.

No sé en qué momento nos quedamos dormidos, pero abro los ojos un momento y miro el teléfono móvil y son casi las cuatro de la mañana. Me levanto a por un vaso de agua y vuelvo a la habitación con Penélope.

Pongo la alarma en el móvil, que se me había pasado, así que agradezco haberme despertado ahora, aunque me haya roto el sueño. Vuelvo a abrazarla, aunque estoy sudando como un pollo por el calor que hace, pero prefiero vivir en el mismo infierno, teniéndola entre mis brazos, que estar fresco y no tenerla.

Hoy va a ser un día complicado, tenemos mucho trabajo, y aunque algunas de mis clientas han cancelado o se han dado de baja porque las avisé de que ya no ofrecería más mis servicios post masajes.

Despierto entre besos a Peni, que parecen habersele pegado las sábanas. Abre esos ojos que me enamoran y la insto a ducharse y vestirse o llegaremos tarde. He preparado el desayuno mientras dormía, así que algo hemos avanzado.

Cuando ya estamos listos, cogemos el coche de Penélope dirección al trabajo. Sus padres querían entretenerlos, pero el trabajo manda y no podemos llegar tarde o nos despedirán, y ahora los dos vivimos de ese local y de los masajes convencionales.

Al llegar, Julia, la jefa, nos hace llamar al despacho. Vamos los dos sin saber bien qué ha pasado y un poco asustados, para qué vamos a negarlo. Nos sentamos en las sillas que hay frente a la mesa y ella me sienta en la suya.

—Os he hecho llamar porque ha corrido la voz de que Izan ya no hace masajes completos y más de la mitad de la clientela se ha dado de baja. Hasta que ella llegó, me dabas mucho dinero, pero te ha comido la cabeza y ya no me sirves.

—Ella no ha hecho nada.

—No te creo.

—Cree lo que quieras.

—A lo que iba. A raíz de los últimos acontecimientos y con la disminución de los ingresos por vuestra culpa, me he visto obligada a prescindir del servicio de ambos.

—Me parece patético que, siendo un gran masajista como soy, que llené tus arcas, como tú dices, cuando estabas más tiesa que la mojama, ahí no te quejabas, pero ahora que no vas a poder

comprarte unos Gucci, te echas a la calle como un perro.

—La vida es dura, cuanto antes lo entiendas mejor, Izan.

—Eres una zorra. Vamos Izan, te mereces algo mejor que esta interesada. Que sepas, listilla de mierda, que mis padres tienes más dinero que del que podrías imaginar en mil vidas. Voy a pedirles dinero para el local y sin Izan a tu lado, despídete de esas pocas clientas que te quedan en tu cartera de clientas —dice Penélope, antes de levantarse del asiento dirección a la silla. —Y por cierto, soy su novia, a la única a la que va a dar placer a partir de ahora. Me imagino que te jode quedarse sin tu juguete, ¿verdad? Nadie compra el producto sin haberlo catado antes. Vieja asquerosa, espero que disfrutes con los juguetes de plástico, que es lo único que vas a catar.

Salgo tras Penélope, dejando atrás a Julia y sus juegos sucios. Quizá sea lo mejor que nos podía haber pasado. Quizá debemos pasar página en todos los sentidos, incluso en el laboral.

—¿Sabes lo que me apetece hacer ahora, Izan?

—Dime.

—Me encantaría ir a un parque de atracciones para celebrar que hoy empieza nuestra nueva vida.

—Me apetece una excelente idea. Vamos allá.

Tomamos el coche de Peni y esta vez lo conduzco yo, a petición suya. Nos vamos al parque de atracciones más cercano que tenemos, en este caso, un parque acuático, que nos va a venir de lujo con el calor que hace.

Aparcamos en el estacionamiento destinado para ello y nos vamos directos a la tienda que hay fuera del parque. Cuando salimos de casa no nos imaginamos que acabaríamos aquí, así que no tenemos traje de baño, chanclas, toalla y de más.

Arrasamos en la tienda y media hora después cada uno tiene su equipamiento completo, crema solar como imprescindible y nos vamos a las taquillas del parque para comprar las entradas y poder disfrutar del día.

Nos vestimos en unas casetas que hay al inicio del parque y guardamos lo que no vamos a utilizar en unas taquillas antes de entrar en lo que yo llamo la aventura del disfrute. Miro a Peni y se la ve pletórica, así es como me gusta siempre y así es como quiero recordarla siempre.

Dejamos las toallas en un par de hamacas de la piscina principal y nos sentamos un momento para colocarnos la crema solar en cada recoveco de nuestra piel. Una vez listos, nos vamos directamente a la primera atracción.

Se trata de un tobogán con tirabuzones que acaba en una piscina de olas. Hay que tirarse con una especie de donut hinchable con dos asas, por eso de mantenerte sobre él y no caerte y romperte los piños.

Tras una cola quilométrica, nos toca y nos subimos en uno de los donuts dobles, esos que destinan a las parejas y nos subimos cada uno en un agujero, plantando nuestros panderos, que se ajustan a la perfección.

Luego a ver quién nos saca del donut, que nos hemos quedado incrustados. Para más inri, como canción de ambiente suena *Cómeme el Donut* de Jirafa Rey y Lapili y nos miramos antes de partirnos de risa bajando a un ritmo vertiginoso acompañados del agua.

Alzamos las manos, ya que estamos bien sujetos por el trasero y nos ponemos a cantar a viva voz el estribillo de la canción, que suena justo en este momento.

Cómeme el donut, cómeme el donut

Cómeme el donut, cómeme el donut

Cómeme el donut, te hago dos por uno
Cómeme el donut, el ojo de Horus.

Llegamos al final del túnel y caemos como un peso muerto en la piscina principal, la de olas. La pareja que iba delante nuestro sale despavorido de la piscina cuando nosotros salimos volando, casi comiéndonoslos.

Nos reímos mientras nadamos como podemos hasta la orilla para devolver el roscó doble antes de que la siguiente persona, la que va detrás de nosotros, nos arrastre. Salimos y nos vamos a la siguiente atracción.

Es un circuito de agua, pero no de aguas normales, al contrario, es de agua mezcladas con diferentes masas. La verdad es que es algo asqueroso, pero nos gustan las cosas diferentes y nos vamos a divertir con eso.

La primera piscina parece una ciénaga, como notas. Se trata de un charco que parece lava, además tiene un tacto como gelatinoso, no me equivocaría tanto si dijera que es gelatina de fresa y mango.

Empezamos a traspasar y es entonces cuando me tiro sobre mi chica y le hago una ahogadilla, haciendo que Peni salga de esa pequeña piscina como si fuera un chupachups de fresa.

No puedo evitar reírme ante lo que veo. Sé que se va a vengar, porque ella es así, pero intentaré estar ojo avizor para que no me pille desprevenido y acabe yo con algo mucho peor que gelatina en todo el cuerpo.

La siguiente poza es de barro. Eso sí que es asqueroso. Solo espero que no se le ocurra hundirme en el barro, nunca mejor dicho, porque eso sí que pueda ser muy peligroso.

Peni se porta bien, aunque la verdad es que está bastante cabreada. No le ha hecho ninguna gracia que la hundiera. La siguiente micro piscina es de una especie de moco verde, como el vestido del día en el que la conocí. Sin duda, es su piscina.

Y cuando me quiero dar cuenta, me estoy bebiendo literalmente a Flubber. La venganza llega en plato frío, y nunca ha sido más certera esa frase, porque esta especie de baba está fría de cojones.

Tras salir de esa asquerosa atracción, y una ducha limpiadora después, nos encaminamos a nuestras hamacas. Es hora de descansar, después ya tendremos tiempo de continuar con nuestra diversión.

Me encamino al bar de la piscina y compro un par de helados de tarrina, pagando como no, con mi reloj con contactless incorporado, uno de los mejores inventos para evitar que te roben la cartera.

Con los dos helados en mano, para evitar el calor veraniego, o al menos paliarlo, vuelvo a las hamacas junto con Peni. La verdad es que esto es mucho mejor que estar trabajando de sol a sol.

Nos pasamos la tarde entre abrazos, baños, besos, caricias, cócteles y amor, mucho amor. La verdad es que amortizamos de lo lindo la entrada, pero cuando el sol empieza a despedirse, nos vamos a las duchas principales a bañarnos y así quitarnos el cloro de la piscina.

Volvemos a por todas las cosas a las taquillas y pocos minutos después ya estamos listos frente al coche dispuestos a conducir hasta casa. Esta vez es Penélope quien lleva el volante.

—Izan, ¿te quedas a dormir a casa?

—¿Quieres que me quede?

—Claro que sí.

—Entonces lo haré.

—Mañana tendríamos que hablar con mis padres a ver si nos dejan el dinero para alquilar un local para poder hacer nuestros masajes, promocionarnos, comprar los productos y de más.

—Les devolveré hasta el último centavo, lo juro.

—No nos preocupemos de eso ahora. A mis padres nos les cuesta nada, no van a echar de menos el dinero. Se limpian el culo con ellos, no sé si me entiendes.

—Perfectamente.

—Si están despiertos cuando llegemos podemos hablar ya con ellos y así mañana nos ponemos a buscar locales. ¿Te parece?

—Claro, como tú veas.

Tardamos un rato en volver a casa porque, como siempre, hay caravana de vuelta, además de un control de alcoholemia, que me recuerda a esa escena de La que se Avecina y Antonio Recio con su particular manera de pedir felaciones.

Llegamos a casa tras dar negativo, aunque nos daría positivo en azúcar después de las cantidades ingentes que nos hemos tomado de helado, y nos encaminamos a casa de sus padres, por si están en casa.

Tenemos suerte y nos abren la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Sé que les caigo bien y si dios quiere, algún día les pediré la mano de su hija, a la que quiero y con la que tengo intención de casarme algún día si es que ella quiere.

—Hola, chicos, ¿cómo ha ido el día? Queréis sushi, hemos pedido para un equipo de fútbol entero.

—La verdad es que veníamos a hablar contigo papá —dice Penélope.

—Claro, pasad. Cariño, ven. Penélope e Izan quieren hablar con nosotros.

—Ahora voy, que estoy en el baño. Ya ha salido la cabeza de la tortuga.

—Cariño te están oyendo.

—Vaya. No estoy cagando chicos, era broma.

Miro a Peni aguantando la risa y su padre nos pide que nos sentemos en el sofá mientras esperamos a que su madre acabe de cagar esa tortuga que dice estar sacando. Nos ofrece una copa y aceptamos, ya no hay controles de alcoholemia a los que enfrentarnos.

Cuando su padre llega, se sienta al lado de su esposo y nos mira sin entender bien. Se muerde las uñas, me imagino que por algún tic nervioso y yo me froto la nuca sin saber bien cómo empezar. Miro a Peni y ella me coge de la mano aclarándose la garganta.

—Mamá, papá, a Izan y a mí nos han despedido del trabajo.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Los ingresos han menguado y también la clientela porque antes Izan ofrecía un tipo de masaje que ahora no ofrece.

—Pues yo pensaba ir esta semana. Casi toda la familia ha ido y está encantadísimo con Izan —me mira y yo no sé qué decir. En mi defensa solo puedo decir que todos los masajes que les hice a las familiares de Peni, porque eran todas chicas, fue un masaje normal, sin final feliz.

—¿Os han despedido porque no pueden pagaros? Hija, ya te dije que no necesitas trabajar, nosotros podemos mantenerte con los ojos cerrados.

—Ya te lo he dicho mil veces papá, no quiero ser una mantenida toda mi vida, necesito sentirme útil.

—Está bien.

—La cuestión es que estamos aquí porque necesitamos que nos ayudéis. Hemos pensado en abrir nosotros un local de masajes y nos gustaría saber si nos podríais prestar el dinero para el

local y las cuatro cosas que necesitamos para arrancar. Os juro por mi vida que os devolveré hasta el último euro —tomo la palabra entonces y les explico lo que hemos pensado.

—Claro, no hay problema. Os dejaremos lo que necesitéis, por eso no sufráis.

—Muchísimas gracias, de verdad. No sé cómo agradeceréoslo —les digo.

—Puedes empezar cuidando a mi hija y haciéndola feliz todos los días —dice la madre de Peni.

—Esa es mi intención, suegra. Hacerla feliz todos los días del resto de mi vida —tomo a Penélope de las manos y beso sus labios antes de que ambos nos miremos sonriendo. —¿Alguien ha dicho sushi?





CAPÍTULO 11: EL JARDÍN DE LA OCA

Hoy es el día de la inauguración y estoy más nerviosa que Doraemon en un control de aeropuerto, pero estoy segura de que va a salir fe. Tengo un buen presentimiento y después de tres meses de clases intensas por parte de Izan, me he vuelto bastante bueno en esto de hacer masajes.

Hemos preparado un buen catering, una ambientación excepcional, no es porque la haya hecho yo, y una música que animaría hasta a un muerto, literalmente. Hasta las octogenarias van a mover las caderas.

Todo está listo y empezamos a dejar entrar a los primeros entusiastas. Ahora soy yo quien reparte nuestras tarjetas. Quién lo iba a decir. Todo esto comenzó con Izan repartiendo sus tarjetas y ahora soy yo quien reparte la de ambos.

Las vueltas que da la vida...

Han asistido más de cincuenta personas a la inauguración y el local está abarrotado. Está gran parte de mi familia y la familia de Izan, a la que conocí dos días después de pedirle el dinero a mis padres.

Los amo, son unos suegros de esos que siempre has soñado tener y que pensaste que no tendrías nunca. Pues ellos dos son así y me encantan.

Todos tienen ya su copa en las manos y es hora de dar la charla y hacer el brindis para festejar la apertura. Hemos alquilado un local de cuatro habitaciones individuales, dos baños y una recepción.

Mil y un productos de alta calidad, camillas, sábanas, toallas, y ciento de cosas más que hacen de este centro uno de los mejores de la zona. Se va a cagar nuestra exjefa, nos vamos a llevar toda su clientela, exclientela y la que podrían llegar a tener.

—Hoy queremos daros las gracias en primer lugar por acompañarnos en este momento tan importarte para nosotros. Ha sido un camino de rosas, pero también de espinas, nos hemos reído, hemos vivido momentos tensos, hemos disfrutado de la vida, nos hemos embarrado, nos hemos chantajeado, bueno, si yo os contara...Pero eso ha hecho que estemos más unidos que nunca y vivir momentos duros nos ha hecho más fuertes. Juntos hemos construido este sueño y le vamos a echar todas nuestras ganas, nuestro esfuerzo y nuestra energía positiva para que salga bien y nos encanta que estéis aquí para poder presenciarlo. Hoy se abre por primera vez el salón de masajes Penizan. Sé que puede parecer un nombre un tanto raro, siendo la fusión de nuestros nombres, pero para nosotros era muy importante que un pedazo de nosotros en este. Así que gracias por compartir nuestro sueño y disfrutad de todo esto que con tanto cariño hemos preparado.

Todos aplauden y después brindan por nuestro nuevo negocio y próspero éxito. Ojalá sea verdad. Izan se mantiene en un segundo plano con una sonrisa pletórica en los labios. Realmente hemos hecho esto por él.

Él es el profesional, pero me ha dejado a mí porque sabe que me encantan estas cosas y estoy acostumbrada. A él no le gustan los discursos, es más, le parecen aburridos. Lo sé porque cuando se daban en la boda de mi hermana, le veía la cara.

Nos tomamos unas copas mientras la gente va probando los canapés y visitando las diferentes

habitaciones. Tanto Izan como yo atendemos a todos invitados y aprovecho para presentárselo a toda la parte de mi familia que todavía no lo conoce.

Seguimos metiendo tarjetas hasta en el canalillo con los correspondientes descuentos por el primer masaje y los otros tantos por recomendaciones que hagan a otros futuros clientes.

Tomo un canapé mientras hablo con mis padres. Están emocionados y apoyan que ambos seamos unos emprendedores y que apostemos sin miedo por lo que queremos en la vida, y si nos equivocamos no pasa nada, la vida no consiste en acertar siempre sino de aprender y crecer a partir de las experiencias de la vida.

—¿Estás contenta, cariño?

—Más que contenta. No me preguntéis cómo, pero lo sé, estoy segura, de que esto va a salir bien.

—Claro que va a salir bien. Sois dos luchadores y ya sabes que si por casualidad no fuera así, que va a ser, nos tienes a nosotros. Nunca te va a faltar de nada y lo sabes.

—Gracias papis —los abrazo y ambos me besan el pelo. —Os quiero.

—Y nosotros a ti —me dicen a la vez.

—¿Y cómo te va con Izan?

—La verdad es que me va genial. Es perfecto, atento, cariñoso, detallista, payaso, lo tiene todo.

—Me alegro de que hayas encontrado al hombre de tu vida. Ya pensábamos que te quedarías para vestir santos. ¿Para cuándo la boda?

—¡Mamá!

—A ver, el ramo te cayó a ti, así que espabila, que yo quiero nietos antes de que se me caigan las tetas.

—Pero si son de plástico.

—La silicona no es eterna querida. Además, quiero cantarle nanas y no sé cuánto me durará esta voz angelical. Ya sabes que la voz se acaba perdiendo con los años, cariño.

—No caerá esa breva.

—Decía algo nena.

—Nada, nada, que de momento no hay ni boda, ni niños, ni nada.

—Bueno, ya te convenceré, a ti y a Izan.

—¿Por qué no han venido Sandra y Lucas? —Mi hermana y mi mejor amigo no me apoyan en un día importante para mí, genial...

—Se han ido a Paris a ver a la familia de Lucas.

—Esto lo sabían desde hace dos semanas, podían haber escogido otras fechas y lo sabes.

—Ya sabes cómo es tu hermana, no se lo tengas en cuenta.

—No, si sé que no es por Lucas, se ha convertido en un calzonazos, aunque siempre lo fue un poco, es por Sandra, siempre tiene que ser el centro de atención y lo sabes.

—Lo sé, cariño, pero por eso tú eres mucho mejor que ella y por eso eres, en silencio, nuestra hija preferida —dice mi padre y me abraza. Le beso la frente.

—No digas eso cariño, a las dos os queremos por igual, no tenemos favoritas —ya, y luego te despertaste. Yo ya sé que mi madre tiene a su favorita y no soy yo.

Doy la conversación por perdida y me disculpo diciendo que tengo que atender a más invitados antes de seguir escuchando las sandeces de mi madre. Barro la sala con los ojos en busca de Izan, mi Izan.

Lo encuentro en una esquina, está rodeado de féminas y no me extraña, es un pibón, mi pibón.

Casi todas las que lo rodean son primas mías y la verdad es que no sé si lo hacen porque les interesan sus masajes porque ya los han probado o les interesa él.

Lo tomo de la mano y, disculpándome con las chicas, solo por educación, lo salvo de morir ahogado por las babas de ellas, y lo llevo a una esquina. La verdad es que, aunque estemos en la inauguración, me apetece estar con mi chico.

—¿Cómo vas?

—Podría estar peor, aunque alguna parte femenina de tu familia es un tanto acosadora. Estas no probaron mis antiguos masajes, los del final feliz, pero estoy seguro de que más de la mitad me los pediría si los hiciera.

—A la única a la que le puedes dar finales felices es a mí, ¿queda clarito?

—Más claro que el agua, mi chica —y me besa de una manera que debería estar prohibida, si hasta nos vitorean.

—¡Id a un hotel! —dice alguien y nos separamos.

Continuamos con la fiesta hasta que, más de dos horas después, los invitados empiezan a despedirse para vaciar la sala principal, dejando solo a los más cercanos, que son los últimos en marcharse.

He visto que, durante la inauguración, los padres de Izan y los míos han hecho migas y cuando ya todo el mundo se ha ido, nuestros respectivos padres se nos acercan con sonrisas en los labios.

—Hemos decidido que para acabar de celebrar este momentazo, nos vamos a ir a una marisquería a celebrar vuestro nuevo negocio.

—Eso es una idea maravillosa, mamá —dice Izan a su madre.

—Y bueno, como no sabíamos qué regalaros por este nuevo viaje que habéis emprendido, os hemos pagado entre las dos familias el local durante todo un año, así que no os tendréis que preocupar de las letras.

—¡Pero mamá! —dice Izan sin poder creérselo mientras yo abrazo a mis padres para darles las gracias.

—No pasa nada hijo, te apoyamos, además, nosotros solo hemos podido pagar dos meses, los padres de Penélope han pagado el resto.

—Bueno, la intención es lo que cuenta.

—Muchísimas gracias a los cuatro por apoyarnos en el proyecto que hemos emprendido, para nosotros es muy importante —digo antes de abrazar a mis suegros.

Nos vamos a cenar a una marisquería y después, a petición de mi madre, al karaoke. Yo no quiero, pero los padres de Izan, que no saben dónde se están metiendo porque no la conocen, la animan y pronto nos encontramos frente a la puerta.

Ojalá tuviera cloroformo para esnifarme y desmayarme, para no tener que oír esta tortura que es escuchar a mi madre. Si es que desde que ha empezado a cantar, los clientes se han ido marchando disimuladamente.

Miro a Izan, que hace un gesto de cortarse las venas, así que se me ocurre invitar a mi madre a unos cócteles para bajar del escenario y se suben ahora los padres de Izan para cantar una canción de Pimpinela y la verdad es que lo hacen genial.

Lo hacen mucho mejor que mi madre, bueno, es que para eso no hace falta correr mucho. Mi padre se niega a cantar nada, ni solo ni acompañado. Si es que él está hecho de otra pasta.

Y entonces los cuatro nos miran a Izan y a mí. Es nuestro turno y a mí no me importa ni avergüenza, aunque la verdad es que tengo la voz tan nefasta como la de mi madre, es como la de una oca berreando, bueno, no tan mala.

Ambos salimos a la tarima principal y miramos el libro que nos ofrecen con las canciones que podemos escoger para cantar. Nos miramos y lo tenemos claro. Cogemos los micrófonos y *Cómeme el donut* se escucha por toda la sala.

Nos divertimos de lo lindo en cantándola, aunque nuestros padres no acaban de entender mucho ni la letra de la canción ni que la hayamos escogido para representarla, pero a nosotros nos recuerdan lo bien que nos lo pasamos el día del parque acuático, donde empezó nuestra nueva vida laboral.

Cuando acabamos, la familia aplaude por quedar bien y poco después nos marchamos a casa. Esta vez me voy al piso de Izan. Pocas veces vamos allí, pero es por cambiar a veces y librarnos de Chip y Chop, que le tienen una tirria a Izan que no pueden con él.

Entramos y veo que hay una caja con un lazo rojo. No entiendo bien qué es eso que descansa en la mesa. Ambos nos sentamos en el sofá e Izan me deja la caja en el regazo para que la abra.

—¿Y esto?

—Es un regalo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y no me cansar de repetirte que me salvaste en todos los sentidos. Ya no concibo la vida sin ti y espero que más adelante podamos sellar este amor tan especial y mágico de todas las maneras posibles. Digamos que esto es el inicio de un compromiso con este amor que tenemos.

—¿Puedo abrirlo ya? —digo nerviosa.

—Ya estás tardando —dice mientras se levanta en dirección y abre la puerta antes de entrar.

Suelto el lazo y lo dejo sobre la mesita antes de levantar las solapas de la casa, pero no hay nada, está vacía. No entiendo nada. Miro sin entender la puerta de la habitación de Izan, donde este está desaparecido y cuando sale de esta lleva algo entre sus brazos.

Se sienta a mi lado y entonces veo que tiene una bolita entre las manos. Me la coloca en la balda y veo que es un precioso bebé de gato egipcio, de esos que no tienen pelo, porque sabe que soy alérgica. Nunca imaginé que vería algo tan lindo.

—Por dios, Izan, es lo más bonito que he visto nunca.

—Es que no podía dejarlo en la caja todo el día, podía ahogarse. Estaba durmiendo en la cama, que, por cierto, me ha destrozado el cuarto, las cortinas, ha tirado el agua y la comida, y se ha cagado y meado por todos lados, pero bueno, qué se le va a hacer, es un trastillo, como su madre.

—¡Oyeeeeee!

—¿Qué nombre vas a ponerle?

—Pues la verdad es que ahí me has pillado. No sé qué ponerle. Me das un minuto para que me lo piense, ¿no?

—Y todos los que quieras —me contesta mientras yo acaricio a esta preciosidad sin cesar. Me está dejando la mano marrón. Suelta esa especie de tinta marrón de la piel.

Izan se dedica a limpiar la habitación para que podamos dormir en ella mientras yo le doy mimos a nuestro nuevo integrante de la familia. ¿Se puede ser más feliz que yo en este momento? No.

Cuando Izan sale y se da una ducha, vuelve a sentarse a mi lado y acaricia a la bolita. Podríamos llamarlo bolita, aunque se ve claramente que es un macho, tiene dos bolitas que lo demuestran, pero creo que ya he decidido cuál va a ser su nombre.

—Ya sé cómo vamos a llamarlo.

—¿Cómo?

—Horus.

—Como el ojo de la canción, ehhh.

—Jajaja, cómo me conoces.

—Pues ahora creo que es hora de que Horus, Penélope e Izan se vayan a dormir, que mañana es nuestro primer día en nuestro local de masajes y tenemos que estar al cien por cien. ¿Vale?

—Me parece una idea excelente, cariño.

Lo dejamos en su cama. No sé cuándo ni cómo, Izan se ha encargado de comprarle todas las cosas, no le falta de nada, tiene hasta juguetes, más que un bebé normal. Lo ponemos en su cama y se enrosca para quedarse dormido, parece que no es su primer día hoy aquí, porque está tranquilo y bastante acostumbrado a lo que tiene alrededor.

Tras quitarme la ropa y lavarme los dientes, me meto en la cama con Izan y es entonces cuando mi móvil, que descansa en la mesita de noche, vibra. Lo cojo para ver quién es, es Lucas.

Siento mucho no haber estado el día de la inauguración de tu nuevo negocio. Siento mucho todo lo que ha ocurrido, mi madre está en el hospital y le ha dado un infarto, por eso estamos aquí. Tranquila, ya está estable, le van a poner un baipás. De todos modos, creo que es mejor que nos distanciamos un poco, ya sé que soy un egoísta y que estoy con tu hermana, pero verte con él me duele, sobre todo porque me gustaría estar en su lugar y ser yo quien ocupara tu corazón. Cuídate mucho Peni, te quiere, Lucas.

Miro a Izan, que ha leído el mensaje de soslayo y este no dice nada, simplemente me mira. Dejo el móvil en la mesita de noche nuevamente, poniéndolo a cargar y espero a que me diga algo, pero no lo hace.

—No quiero que te preocupes, no quiero estar con nadie más que no seas tú, ya lo sabes.

—Lo sé y no estoy preocupado, por eso no te he dicho nada.

—¿Vamos a dormir?

—Sí, vamos a dormir —lo beso y él me responde con un beso mucho más húmedo. Me encantan sus besos, son como una droga para mí.

Esta noche no habrá sexo. Lo hacemos casi todas las noches, pero somos conscientes de que tenemos que dar el doscientos por cien mañana y debemos descansar.

La verdad es que todo ha pasado muy rápido. Solo hace tres meses que nos conocemos, y la verdad es que no fue en las mejores circunstancias, pero estoy seguro de que nuestro destino es estar juntos.

Poco a poco, nos hemos ido conociendo y, sinceramente, ya no me veo sin él, y no es porque esté enganchada a él, es que es la pieza que le faltaba a mi puzle, mi complemento, juntos somos todo y podemos con todo.

Me siento como una quinceañera encaprichada, pero es que cuando lo miro, sé que es él el que supo reblandecer mi corazón y colarse por uno de los resquebrajos de este. Él es lo que nunca pensé que quería, pero que siempre busqué.

Cierro los ojos y lo abrazo para sentir que se encuentra cerca de mí mientras me dejo arrastrar por el mundo de la subconsciencia, donde todo lo que imaginas es posible.





CAPÍTULO 12: ¿DÓNDE ESTÁ LA OCA?

(9 MESES DESPUÉS)

Hoy es once de mayo, podría ser un día como otro cualquiera, pero no lo es. Abro la pequeña caja que sostengo entre mis dedos y suspiro. Estoy como un flan, creo que me voy a derretir en un abrir y cerrar de ojos.

Miro al anillo y el anillo me mira a mí. Estoy nervioso y él solo está deseando abrazar un dedo y espera fervientemente a que sea el de Penélope. Le limpio el sudor de la frente y me encamino a casa de sus padres.

Quiero hacerlo bien y hablar con ellos primero para pedir la mano de su hija, y creo que eso me da más miedo que pedirle la mano a Penélope.

¿Y por qué lo hago ahora y no antes? Además de porque sé que es la mujer de mi vida y me quiero pasar lo que me resta de la mía a su lado. Las cosas en el trabajo nos van muy bien.

Hemos contratado a tres masajistas y una secretaria y tenemos lista de espera de casi un mes. Tenemos trabajo que nos sale por las orejas y no damos abasto. Peni se ha vuelto una experta y casi lo hace mejor que yo.

Hoy es domingo, sino tendría ya las manos como muñones después de tanto masaje. Acabamos destrozados, no nos vamos a engañar, pero es un trabajo que nos llena tanto, que casi no nos importa.

No tardo mucho en plantarme en casa de los padres de Penélope. Cuando entro, me encuentro a Chip y Chop jugando con Horus. Se han hecho de lo más amigos y eso que una oca, o dos en este caso, y un gato como que no.

Entro en la casa y me encuentro a mis suegros jugando a la Wii. Son más salaos, nunca he visto a una pareja de su edad con esa frescura y vitalidad. Los saludo y me siento en el sofá mientras espero a que acaben.

—¿Cómo estás Izan? ¿Y Penélope?

—Está en las uñas y en la peluquería. No sabía que abrían los domingos, pero, en fin, cuando hace falta el dinero, abren hasta el domingo, como los chinos.

—¿Te vas a quedar a comer?

—No, solo venía porque quería hablar con vosotros un momento.

—Claro, dínos.

—Ya sabéis que estoy loco por Peni y bueno, creo que ha llegado el momento de dar un paso más en nuestra relación. Quiero pedirles la mano de su hija, y espero que me digan que sí, porque si es que no, me la llevaré a Las Vegas para casarme con ella de todos modos.

—Claro que te damos nuestra bendición Izan. Ya te consideramos de la familia y lo sabes. Nada me haría más ilusión que, que te casaras con mi hija —dice su padre y su madre asiente con una sonrisa en los labios.

Les enseño el anillo y su madre es la primera que toma la caja para examinarlo. Era de mi abuela, no es que sea gran cosa, pero para mí es muy especial y lleva todo el amor que mi abuela sentía por mi abuelo en cada una de esas piedras.

—Es precioso Izan, y si Penélope te dice que no, ya me caso yo contigo cariño, que este anillo existe para lucirlo.

—Gracias, era de mi abuela.

—Pues tu abuela, o tu abuelo, eran personas con muy buen gusto, sobre todo en joyas.

—Muchas gracias.

—No hay que darlas.

—¿Qué te parece si cenamos esta noche en casa? Tus padres, Penélope, tú y nosotros. Así todos veremos el momento mágico.

—Me parece una magnífica idea. Voy a llamarlos.

—Perfecto, nosotros vamos a llamar a la empresa de catering para que nos preparen algo especial para esta noche.

Lo preparamos todo mientras Peni sigue con sus cosas de mujer. Nos pasamos la tarde organizándolo todo e incluso me pongo unos tejanos negros de esos que me marcan el trasero y le encantan a Peni.

Me pongo una camisa blanca y el perfume que a ella más le gusta antes de engominarme el pelo y ponerme unas bambas negras. Cuando estoy listo, vuelvo a casa de los padres de Penélope.

La verdad es que están bastante elegantes. También están mis padres, y parece que vayan de boda y eso que todavía falta tiempo si es que me dice que sí. Todos estamos nerviosos, aunque intentamos disimularlo, todos menos Peni.

Acaba de llegar y está preciosa. Lleva una camiseta de tirantes de color azul cielo y unos tejanos con tacón alto. Los labios pintados de un fucsia que estoy deseando probar y un peinado de lo más loco. Cuando me dijo que iba a la peluquería a cambiar de look nunca me imaginé que sería para ponerse dos moños en el cogote como dos cuernos.

—Hola, cariño. ¿Cómo es que estamos todos aquí reunidos? ¿Ha pasado algo? ¿Por qué vais todos tan guapos y yo parezco una zarrapastrosa?

—Bueno, es que hoy es un día muy especial —dice su madre.

—¡Oh! ¿Era vuestro aniversario y no me he acordado? Perdona, mamá.

—¿Qué va a ser nuestro aniversario! Que no te montes películas, Penélope.

—¿Y entonces?

—Todos están aquí porque quieren ser testigos de lo mucho que te quiero.

—No entiendo —y entonces me arrodillo sacando del bolsillo de la americana la caja con el anillo y abriéndola.

—Desde que te conocí he tenido la certeza de que [eres el amor de mi vida](#). Eres tú esa persona que tanto buscaba y que sin esperar lo encontré. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, porque nunca nadie había logrado hacerme sentir uno de los hombres más afortunados del mundo. Jamás he estado tan seguro de nada como lo estoy de ti. Lo tengo claro, amor: no quiero besos de otros labios, ni caricias de otras manos que no sean las tuyas. No quiero otro número de teléfono que me llame para preguntarme qué tal va el día. No quiero un ‘Tú’ y ‘Yo’ por separado, quiero un ‘Nosotros’ en mayúsculas. No quiero regalos caros ni ostentosos, quiero que me sigas [sorprendiendo](#) todos los días con cada mínimo detalle. No quiero otras manías. No quiero días grises sin tu sonrisa diciéndome que todo irá bien. No quiero otro hombro donde llorar. No quiero confiar ciegamente en nadie más ni cuidar a ninguna otra. No quiero salir de la rutina si eres tú quien está cada día en ella. No quiero guerras en la cama sin ti. No quiero algo simple, quiero algo que consiga que me haga preguntas a mí mismo todo el tiempo, pero que cuando te mire desaparezcan todas las dudas. Quiero atardeceres contigo en la playa en verano y tardes de manta,

sofá y peli en invierno. Quiero dormirme cada noche a tu lado y que seas la primera persona a la que vea nada más despertar. Quiero que nos miremos como el primer día y que nos queramos como si fuera el último. Quiero [formar una familia](#) a tu lado, educar juntos a nuestros hijos, ver cómo crece día a día el fruto de nuestro amor. Quiero que seamos capaces de hacer desaparecer el mundo ante los problemas. Quiero hablar cuando sea necesario y compartir el silencio cuando no. Quiero que nos amemos el uno al otro, incluso cuando nos odiamos. Quiero que seas mi presente y mi futuro. Quiero [recordarte a diario](#). Quiero que siempre vayamos en la misma dirección. Quiero tener miedo contigo, hacer cosas que no haría con nadie más porque a tu lado me siento seguro. Quiero aprender a quererte cada día un poquito mejor, que no más porque es imposible. Quiero elegirte a ti, siempre. Todos y cada uno de los días de mi vida. ¿Quieres casarte conmigo, Penélope?

—¡Sí quiero, claro que quiero!

La abrazo y nos besamos como si no hubiese ocho ojos mirándonos con atención, la verdad es que nos da igual. La familia nos aplaude y vitorea. La verdad es que no sé cómo me han salido todas esas cosas de la boca.

Simplemente he dejado que las palabras saliesen, no de entre mis labios, sino del corazón. Le coloco el anillo que fue de mi abuela y le queda como un guante. Ella lo mira y lágrimas recorren sus mejillas.

—No llores mi amor, es momento de honrar a la felicidad con el amor que nos sentimos.

—Lloro de alegría, mi amor, porque nunca pensé que este momento llegaría y ahorra que está pasando solo puedo derramar lágrimas de felicidad.

La familia se acerca entonces a nosotros y nos abraza para darnos sus particulares felicitaciones y poco después nos sentamos en la mesa para degustar la cena que ha encargado mi suegra.

Peni no deja de mirarse el anillo y alardear de él, ella todavía no sabe que perteneció a mi abuela, pero está a punto de descubrirlo. La tomo de la mano en la mesa y beso el dorso de esta.

—Sabes una cosa Peni, el anillo que llevas era de mi abuela.

—¿De verdad?

—Sí y me enorgullece que lo lleves puesto y sé que ella, donde esté, seguro que está tremendamente contenta de que vayas a ser mi esposa y de que, el anillo que un día encarnó su felicidad, genere ahora la tuya.

Nos besamos y nuestros respectivos padres también lo hacen para honrar nuestra unión. La cosa le alarga entre chupitos, bailes, karaokes improvisados y de más. Estamos tan borrachos que ya no nos importan ni los berreos al micro de mi suegra.

Mis padres se quedan en una de las habitaciones de invitados de la casa de los padres de Penélope, porque es mejor que no conduzcan en su estado y, además, estos se ofrecen, y Peni y yo nos vamos a su casa a dormir la mona.

Mañana vamos a tener una resaca de tres pares de narices, ¿no? Viva el alcohol, la fiesta, el compromiso y la madre que me parió.





EPÍLOGO: TU BOCA A MI BOCA, Y ME CASO PORQUE YA ME TOCA.

2 AÑOS DESPUÉS

Ha llegado el gran día, me tiemblan tanto las piernas que parece que tenga cascabeles en los pelos del chichi, ah no, que lo llevo depilado como la Nancy. Joder, ya ha llegado el día y espero que todo salga bien o me da un síncope.

Me pongo el tanga sexy, blanco, por supuesto, la liga que me ha regalado mi madre, la de su boda, que he lavado más de tres veces porque a saber lo que hizo mi padre con la liga o con qué se la quitó, que en esa época había mucho vicio.

Después las medias y los tacones, con lo que yo los odio, y con la ayuda de mi madre y mi suegra me pongo el vestido de novia, que con la braga faja que me han obligado a poner, maldito McDonald's, se me ve una barriga que ni una embarazada.

Entra muy ajustado, como un choricillo embutido, pero entra y eso es lo que cuenta. Solo espero que cuando me siente no reviente por todos lados y se me vea la faja esta de octogenaria que genera menos sex appeal que Carmen de Mairena.

La maquilladora y la peluquera trabajan al unísono mientras intento parecer una muerta y no moverme ni un pelo, nunca mejor dicho. Y eso hago. Media hora después ya parezco una novia, con velo incluido.

Sandra entra entonces por la puerta con mi ramo, es sencillamente precioso. Tulipanes, mi flor preferida, y puede que no se lleve en los ramos de novia, pero que se joda todo el mundo, es mi boda y llevaré el ramo que me dé la real gana.

—Oh, Sandra, no puede ser, ese ramo... ¡No, no y no!

Cojo el ramo y lo dejo con cuidado para que no se estropee sobre la colcha de mi cama mientras farfullo haciendo el papel de mi vida. Donde las dan las toman, hermanita. Me giro con la cara fingida de descomposición y me dirijo a ella.

—Es que pedí expresamente que fueran lirios. Me encantó tanto tu ramo de novia, y cuando me cayó en las manos supe que tenía que casarme con un ramo de lirios. Esto va a ser un desastre, no va a salir bien.

—Está bien —resopla —no te preocupes, iré a buscar un ramo de lirios y estoy de vuelta en un momento —que te lo has creído monada. Es como buscar una aguja del tamaño de una molécula en un pajar. Suerte, hermanita.

Veo que se marcha corriendo y yo cojo mi ramo de tulipanes para olerlos mientras una sonrisa malévolamente se me escapa de entre los labios.

—Mira que eres mala —Penélope.

—Donde las dan, las toman mamá, y si quieres cantar en la boda, solo una canción eh, te callarás y no le mandarás un mensaje hasta que queden diez minutos para empezar la boda diciendo que era mentira y que vuelva, ¿estamos?

—Estamos.

—Bien, sabéis como va el novio.

—Ya ha cogido el coche y lo están llevando al castillo. Anda que casarte en un laberinto hija, mira que eres rebuscada.

—No es solo un laberinto, mamá, es un lugar especial para nosotros. Él me rescató y me di cuenta de que era el hombre de mi vida. Es justo que allí sea donde unamos cuerpo y alma por siempre en santo matrimonio.

—Anda, deja de leer tanto novela histórica y céntrate, que hoy te me casas y no puede salir nada mal.

—Eso debería decirlo yo mamá. ¿Todo está perfecto, no hay nada de lo que deba preocuparme?

—Todo está perfecto. Papá ya te espera para llevarte al altar y tú estás casi lista. Tienes algo prestado, mi liga, algo nuevo, el vestido y algo azul, la faja. Anda que no me ha costado encontrar una faja azul, casi tengo que teñírtela y todo.

—Mamá, no creo que eso venga al caso ahora.

—Perdona hija, que cuando estoy nerviosa hablo demasiado y digo tonterías.

—Pues si tú estás nerviosa, imagínate yo, así que no me pongas más.

—Voy a salir y tomarme una tila, nena.

—Sí, vete.

La veo salir y espero a que la peluquera y que la maquilladora acabe su trabajo antes de que me levante y me mire al espejo. Realmente parezco una princesa salida de un cuento y mi príncipe me espera para que lo rescate del laberinto del amor.

—Chicas, tengo una misión para vosotras. La que encuentre el micrófono de mi madre y lo esconda, tendrá cien euros extra.

—Pero ¿no le has prometido una canción en la boda? —me pregunta la peluquera.

—Si el mundo se moviera por promesas, ya no habría mundo. ¿Queréis la pasta, o no?

—Sí, sí.

—Pues a correr —las veo marcharse y yo salgo de la habitación a buscar a mi padre, seguro que está como un pincel.

—Mi cielo, estás preciosa —me dice al verme.

—No tanto, como tú, John Travolta.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti y de todo lo que has conseguido, ratoncito mío.

—Gracias, papá.

—Ah, y por cierto, diga lo que diga tu madre, tú siempre fuiste, eres y serás, mi ojito derecho —lo abrazo mientras una lágrima recorre mi mejilla.

—Lo sé, te quiero papá.

—Y yo a ti, mi reina. ¿Vamos?

—Sí, vamos.

Nos subimos en la limusina, que pone rumbo al lugar, no queda muy lejos del hotel que hemos reservado y donde nos encontramos. Tengo que esperarme a que todo esté en orden y es por ello por lo que damos algunas vueltas dentro del coche.

Mi madre nos espera en la puerta y con ella está mi hermana, casi con la lengua fuera y una cara de cabreo que recordaré siempre con orgullo y satisfacción, como dice el rey emérito.

Lleva un vestido color barro, por no decir otra cosa, otra de mis venganzas. Sin embargo, el mío es de pedrería y encaje, con alguna que otra transparencia, palabra de honor y de larga cola,

si es que no puede ser más bonito.

Por fin para el coche y mi padre sale para abrirme la puerta. Tomo su brazo al salir y caminamos juntos hasta el altar, acompañados de una de mis canciones preferidas, que fue la banda sonora de Titanic, *My Heart Will Go On*.

Tengo los ojos vidriosos y veo los pétalos de rosa, que nos guían al centro del laberinto donde me espera mi futuro marido, futuro marido, que bien suena eso. Y entonces lo veo todo como si fuera una película a cámara lenta.

Allí está toda su familia y la mía, incluso Horus, Chip y Chop con unos lazos al cuello, pero entre todo el gentío, yo solo tengo ojos para él, el hombre de mi vida. Solo deseo estar en sus brazos.

Llegamos al altar y mi padre besa mi frente antes de dejar mi mano posada sobre el brazo de Izan. Lo miro a los ojos y veo que están igual de vidriosos que los míos. Está tan guapo que casi duele. Soy la envidia de toda España ahora mismo.

Acaricio su rostro y le sonrío antes de dejar a un lado el ramo de tulipanes. Él besa mi mano y me sonrío en respuesta. ¿Acaso se puede ser más feliz que yo en este preciso momento?

—A veces la vida nos pone a las personas que parecen las menos indicadas delante, las que te chantajejan por un ramo de lirios y te hacen perder la paciencia, pero son esas personas las que se acaban colando en lo más profundo del corazón para no marcharse jamás. Tú siempre serás mi lirio —le enseño el lirio que ayer me tatué en la muñeca y lo beso. —Siempre —le digo con lágrimas en los ojos.

—Siempre, mi princesa —me dice besándolo también.

Y ya se sabe, en el juego de la vida nunca sabes en qué casilla vas a caer, puede que haya casillas que te hagan retroceder y otras avanzar, pero al final de la partida, siempre sabes que perder no importa, sino lo que te hace aprender por el camino.

Y ya sabéis lo que dicen, en la vida hay que ir de boca en boca, porque en alguna la sorpresa te toca.

